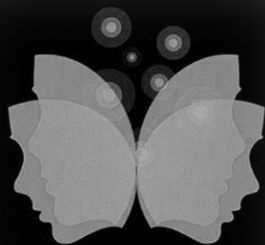


# Doble Vida



**OSVALDO REBOLLEDA**

# Doble Vida



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso  
con anterioridad  
Ahora es publicado en  
Formato **PDF** para ser  
Leído o bajado en:  
**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

Provincia de La Pampa  
**[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)**

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **Portales de Gracia**

Revisión literaria: **Edith del Carmen Saldivia**

**CAP - Centro de Adoración Patagónica (Sarmiento)**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

# CONTENIDO

<b>Introducción.....</b>	<b>5</b>
Capítulo uno:	
<b>Nacidos por primera vez.....</b>	<b>9</b>
Capítulo dos:	
<b>Nacidos por segunda vez.....</b>	<b>20</b>
Capítulo tres:	
<b>¿Cristianos carnales? .....</b>	<b>33</b>
Capítulo cuatro:	
<b>Dependientes del Espíritu Santo.....</b>	<b>45</b>
Capítulo cinco:	
<b>Funcionando en la vida de Cristo.....</b>	<b>56</b>
Capítulo seis:	
<b>Como locos pero bien cuerdos.....</b>	<b>69</b>

Capítulo siete:

**Un enemigo escondido**.....81

Capítulo ocho:

**Viviendo el Reino**.....95

**Reconocimientos**.....106

**Sobre el autor**.....108



# INTRODUCCIÓN

***“Pide entendimiento y busca la sabiduría como si buscaras plata o un tesoro escondido. Así llegarás a entender lo que es obedecer a Dios y conocerlo de verdad. Solo Dios puede hacerte sabio; solo Dios puede darte conocimiento...”***

Proverbios 2:3 al 6 TLA

Tener una doble vida parece algo propio de misteriosos personajes que trabajan para la CIA, agentes secretos, o espías del gobierno que se infiltran en otras naciones. Pueden ser los fantásticos personajes de Hollywood como Clark Kent, que trabajaba en un periódico, pero cada tanto se ponía el traje de Superman, o Bruce Wayne, que supuestamente era un hombre normal, pero al cambiar sus ropas se convertía en el hombre murciélago.

Por otra parte, y saliendo de la fantasía, no es tan raro que personas terriblemente normales escondan secretos increíbles a sus familiares, amigos, o compañeros de trabajo. Muchos de ellos pueden parecer absolutamente normales, pero en algunos casos, esconden terribles secretos. Realmente hay mucha gente que vive simulando ser lo que en realidad no es, o vive escondiendo cosas que no desean que nadie sepa de ellos.

Hoy en día, hay muchas personas viviendo vidas paralelas, con doble parejas o hijos en diferentes hogares. También pensemos en algunos políticos, que después de una vida pública, vendiendo honestidad, se descubre que simplemente es un corrupto más. Pensemos en líderes religiosos, que después de una vida hablando de santidad, se le descubre como ladrón o como abusador sexual.

Pero en este libro, no me voy a referir a estos casos. Tampoco me enfocaré en las patologías de trastornos disociativos de la identidad, eso que la ciencia identifica con el nombre de “personalidades múltiples”. Más bien voy a referirme a personas que estando en pleno uso de sus capacidades cognitivas, emocionales y sociales, mantienen dos vidas distintas, no solo a través de pensamientos o conductas, sino de naturaleza, lo cual es mucho más profundo y complejo.

Al pensar en una doble naturaleza o una doble genética, surgiría la posibilidad de hablar de vampiros u hombres lobos, o de personajes como Hulk, quienes por causa de la genética sufrían terribles trastornos de personalidad. Pero tampoco me referiré a estos personajes, cuyas historias pueden ser muy entretenidas, pero son simples productos de la imaginación literaria.

Me voy a referir a personas reales, ciertamente extrañas y complejas, personas que dicen tener una misión en la tierra como representantes de Dios. Personas que dicen ser

luz y ser sal, personas que dicen tener una vida natural y otra espiritual. Están esparcidos por todo el mundo, todos tienen familias diferentes, y la mayoría ni se conoce, pero todos dicen que tienen al mismo Padre y viven en un solo Ser.

Voy a referirme a gente rara, que dice poder ver al Dios invisible y hablar con Él. Todos creen en las palabras de un libro, por el cual dicen poder morir. Ninguno sabe muy bien de donde salió, ni quienes realmente lo escribieron, pero dicen que es la única verdad. Voy a referirme a esta gente que en el mundo, no pasan desapercibidos, de hecho han causado muchos conflictos, guerras, persecuciones y muchas muertes.

Voy a sumergirme en una tarea nada fácil, porque la fe que dicen tener ciertamente es muy compleja. De hecho, dicen tener un Dios, que son tres, pero que solo es Uno. Bueno, en definitiva, tampoco tienen problemas que los traten como locos, porque incluso asumen cierto grado de locura.

Yo sé que esta tarea que pretendo en este libro, no es nada común, porque esta gente que dicen llamarse cristianos, suelen hablar de ellos mismos, como si fueran otros, y hablan de otros como si fueran ellos mismos ¿No sé si entienden a quién escribió esto? En realidad parecen locos ante el mundo, pero cuerdos ante Dios. Parecen personajes de película, pero son gente común, quiénes Dios mismo salvó por la locura de sus predicaciones.



Son extraños, dicen estar madurando espiritualmente, aunque biológicamente están más cerca de morir que otra cosa, pero bueno, dicen que no les importa, porque aunque los sepultan en un cementerio, dicen que son eternos. No sé, haré lo posible por comprenderlos un poco más, y escribir sobre ellos.

Pero no se preocupen, estoy seguro que este libro será de bendición, porque de ahora en más, trataré de usar mi cuerpo para escribir, pero apelaré a la mente de Cristo y al Espíritu Santo que habita en mí. Bueno, denme una oportunidad... ¡Perdonen mi locura! Yo trataré de explicarles lo que se siente al vivir el evangelio del Reino.

***“Ya que Dios, en su sabio designio, dispuso que el mundo no lo conociera mediante la sabiduría humana, tuvo a bien salvar, mediante la locura de la predicación, a los que creen...”***

1 Corintios 1:21



## Capitulo uno

# **Nacidos por Primera vez**

*“¡Te alabo porque soy una creación admirable!  
¡Tus obras son maravillosas, y esto lo sé muy bien!  
Mis huesos no te fueron desconocidos cuando en lo más  
recóndito era yo formado, cuando en lo más profundo de  
la tierra era yo entretejido.*

*Tus ojos vieron mi cuerpo en gestación: todo estaba ya  
escrito en tu libro; todos mis días se estaban diseñando,  
aunque no existía uno solo de ellos.*

*¡Cuán preciosos, oh Dios, me son tus pensamientos!  
¡Cuán inmensa es la suma de ellos!”*

Salmo 139:14 al 17 NVI

La Biblia expresa desde el principio que Dios es el Creador de todas las cosas, y reitera esta comprensión de los orígenes desde Génesis hasta Apocalipsis. Las enseñanzas de la Biblia acerca de la creación son fundamentales para nuestra fe. Tal vez, dicho asunto no debería ser tan complejo, porque resulta evidente y lógico que la tierra, así como los cielos inefables y profundos, es el resultado de una creación divina, no de una explosión casual.

Hoy en día, el avance de la ciencia, no representa el avance de la sabiduría o de la moral, por eso muchas personas creen en la teoría del Big Bang, como la realidad capaz de explicar el surgimiento, la naturaleza y la evolución del universo. Sin embargo, la Palabra de Dios, que es nuestra única verdad, nos enseña a través de los relatos de la creación de Génesis, y a través del Antiguo y Nuevo Testamento, que Dios es el Creador, no sólo de la tierra y de sus habitantes, sino de todo lo que existe (**Nehemías 9:6; Apocalipsis 4:11**).

Es muy curiosos que muchas personas, puedan creer fácilmente en una improbable teoría, y no en la existencia de un Creador. Expreso esto, porque en realidad la Biblia dice que deberían creer, tan solo con ver la naturaleza: *“Porque desde la creación del mundo las cualidades invisibles de Dios, es decir, su eterno poder y su naturaleza divina, se perciben claramente a través de lo que él creó, de modo que nadie tiene excusa”* (**Romanos 1:20**).

Sólo Dios, es el artífice y Creador del universo y de la vida. Las Escrituras, de principio a fin, identifican a Dios como el Creador. *“Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía”* (**Hebreos 11:3**). Todo fue creado por Él y por los dichos de Su boca: *“Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió”* (**Salmo 33:9**).

Por otra parte, por medio de Su creación, Dios ha determinado manifestar Su propósito. Él creó todas las cosas para sí mismo (**Proverbios 16:4**), y para su gloria (**Isaías**

**43:7**). Él es Dios, el que formó la tierra, para que fuese habitada por sus criaturas animadas (**Isaías 45:18**). Por ende, toda la creación es una expresión de Su voluntad, de Su poder y de Su persona.

La luz puede ser algo glorioso, pero si no tiene donde reflejarse, toda su esencia simplemente se pierde. Si salimos a la calle con una linterna súper poderosa, y apuntamos al cielo en pleno medio día, la linterna simplemente parecerá no alumbrar absolutamente nada. Dios es glorioso, pero para reflejar Su gloria está Su creación. Si Dios no hubiese creado nada, Él seguiría siendo el Todopoderoso, pero Su poder no se reflejaría con toda su dignidad.

La Biblia también describe a los seres humanos como la culminación de Su actividad creadora en la tierra. Por ser creados a la imagen de Dios (**Génesis 1:26 y 27**), los seres humanos somos libres y racionales, tenemos la capacidad de apreciar a nosotros mismos, de expresarnos con sentido intelectual, moral y espiritual. Fuimos creados para tener comunión con Dios y entre nosotros.

Es cierto que la imagen de Dios grabada de manera divina en los seres humanos fue dañada por el pecado (**Génesis 3**), pero Jesucristo fue destinado antes de la creación del mundo (**1 Pedro 1:20**), para redimir a la humanidad caída y a toda la creación (**Romanos 8:21; 1 Corintios 15:20 al 28**). Su plan y Su diseño, ciertamente son gloriosos. Lamentablemente los seres humanos, no logramos comprender por nosotros mismos lo que Dios ha hecho.

El apóstol Pablo enseña claramente sobre esto al escribir en su carta a los Efesios, antes de ser alcanzados por la gracia, éramos hijos de la ira por naturaleza (**Efesios 2:3**). Es decir que no nos convertimos en pecadores después de haber pecado por primera vez, sino que pecamos porque ya somos pecadores por naturaleza.

Dios creó originalmente a Adán y Eva sin una naturaleza pecaminosa, y les dio el libre albedrío para que pudieran tomar voluntariamente la decisión de obedecerle. El amor y la adoración auténticos, solo son posibles si tenemos la libertad para manifestarlos. Cuando Adán pecó, las consecuencias resultaron fatales, la naturaleza misma de la humanidad fue corrompida, y a partir de ellos, tal como árboles malos, que solo pueden producir frutos malos, los seres humanos, no podemos dejar de pecar.

Todos los pensamientos, las actitudes y las decisiones de los seres humanos sin Dios, fluyen desde una naturaleza pecaminosa. Desde la caída, los seres humanos, ya no tenemos libre albedrío tal como algunos enseñan. Si lo tuviéramos podríamos elegir no pecar, pero no podemos, porque somos pecadores y solo podemos producir frutos conforme a esa naturaleza.

Es decir, todos podemos elegir, pero no podemos hacerlo tal como Adán en su tiempo, sino que podemos hacerlo desde una naturaleza cautiva por las tinieblas, y sin verdadera vida espiritual (**Efesios 2:1**). Este es un tema

complejo para algunos, por lo tanto lo explico extensamente en mi libro titulado “Salvados por Su gracia”.

La verdad es que solo los que en determinado momento fuimos alcanzados por la gracia, recibimos verdadera libertad, y solo la libertad nos permite elegir. Parece una cuestión absolutamente lógica, sin embargo muchos discuten este asunto, pero ¿Cómo podrían tener libre albedrío quienes no son libres? En realidad, lo que las personas pueden hacer, es elegir libremente, dentro de los límites de la esclavitud que padecen. Esto les hace pensar a todos que son libres, pero en realidad esa es una virtud que solo Cristo puede otorgar.

Los que recibimos la vida, que es la luz que nos alumbra, y que hemos sido liberados de la esclavitud del pecado, tenemos verdadero libre albedrío (**Juan 1:4 y 8:32**). Ahora sí podemos elegir, porque vemos y conocemos, tanto el bien como el mal, y no de forma moral tal como cualquier persona, sino en el marco de la voluntad de Dios.

*“He aquí, En maldad he sido formado,  
Y en pecado me concibió mi madre”*  
Salmo 51:5

En este pasaje, David no está diciendo que nació del pecado de su madre. El **Salmo 51** fue escrito después del pecado de David con Betsabé, y su enfoque estaba en su propia pecaminosidad. El contexto deja en claro que David

está diciendo que su pecado fue el resultado directo de una naturaleza pecaminosa heredada de sus padres.

Por supuesto, David no fue el único en este sentido, todas las personas nacemos con una naturaleza pecaminosa. Los niños son un ejemplo perfecto. Ningún padre ha necesitado nunca enseñar a su hijo a pecar. Los niños encuentran formas de pecar por sí mismos sin instrucción, porque todas las personas tenemos una naturaleza pecaminosa. Por más que intentemos criarlos en ámbitos sanos y con buena educación, igualmente pecarán, porque eso está intrínseco en el ADN.

Todos nacemos alejados de Dios como resultado del pecado (**Colosenses 1:21 al 23**). Cualquiera que no tenga fe salvadora en Jesucristo existe en un estado caído fuera de la comunión con nuestro Señor. Las Escrituras describen este estado de existencia como oscuridad (**Efesios 5:8**). Los que caminan en la oscuridad no tienen esperanza de llegar a la salvación por sus propios esfuerzos.

Nuestra naturaleza pecaminosa genera tinieblas en nuestras mentes, y nos hace imposible recibir la Palabra de Dios (**2 Corintios 4:4**), y mucho menos podemos vivir conforme a la perfecta voluntad de Dios (**Romanos 8:6 y 7**). Al igual que un árbol malo, no puede producir frutos buenos, los pecadores no pueden vivir vidas piadosas, porque sus juicios fluyen desde su naturaleza pecaminosa, y no pueden dejar de producir frutos de pecado (**Mateo 7:18**).

Aparte de la obra sobrenatural y regeneradora del Espíritu Santo, como pecadores, todos los seres humanos somos incapaces de llegar por nuestros medios, a la fe salvadora en Cristo. Todos los que ahora somos cristianos, debemos reconocer de manera absoluta, que si no hubiese sido por la obra soberana del Espíritu Santo, quién nos alumbró a través de la Palabra, y nos trajo convicción de pecado, jamás habríamos reconocido el Señorío de Cristo. Sin la obra del Espíritu Santo, el evangelio simplemente es como una idea absurda, porque no somos capaces de comprenderlo **(1 Corintios 2:14)**.

Muchos se confunden con esto, porque piensan que las personas, tienen una amplia medida de bondad, y que muchos optan ciertamente por vivir de manera muy piadosa. Es difícil pensar que esas personas no encuentren salvación. Sin embargo, las Escrituras son claras, que más allá de toda medida de bien que las personas puedan expresar, todos necesitamos de la justicia de Jesucristo. Nadie es lo suficientemente justo para alcanzar salvación.

*“Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno...” (Romanos 3:10 al 12), “Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo*



*justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Romanos 3:21 al 24).*

Dios ha permitido varios medios para restringir nuestra naturaleza pecaminosa, y alentar el buen comportamiento, como las leyes civiles, las expectativas sociales, familiares, y los conceptos adquiridos a través de la conciencia humana. De esa manera, hay una educación moral que limita la perversa naturaleza de pecado. De todas maneras, una buena moral, no implica una vida santa a partir de una naturaleza Santa, pura y justa, tal como es la de Jesucristo.

La educación moral, puede proporcionar buenas influencias para contener la naturaleza pecaminosa y permitir que la sociedad funcione todos los días, con una medida aceptable de convivencia. Sin embargo, vemos la injusticia y la maldad por doquier. La bondad de los buenos, pueden hacernos pensar que las personas no son tan malas como podrían ser, pero el problema no radica en las acciones, sino en la naturaleza.

Cuando hablo de naturaleza, me refiero que incluso las buenas obras realizadas por los no creyentes, están corrompidas por el pecado y no pueden agradar a Dios. Pablo nos dice que los que están en la carne no pueden agradar a Dios (**Romanos 8:8**). Sin embargo, ¿cómo puede ser esto? ¿Podemos realmente decir que alimentar a los hambrientos, tratar a los enfermos y educar a los niños son acciones pecaminosas, si es que las hace una persona que no es salva? Bueno, lo que podemos decir con certeza, es que nada que no

surja de Cristo mismo, puede ser absolutamente bueno ante la mirada del Padre.

El autor de Hebreos nos dice que es imposible agradar a Dios si no tenemos verdadera fe (**Hebreos 11:6**), y la verdadera fe, solo puede ser proporcionada por Dios mismo. Por esta razón, cada vez que un pecador hace algo, por bueno que sea, sigue siendo pecaminoso, porque sus acciones provienen de un corazón incrédulo, e idólatra. Nuestra naturaleza pecaminosa, hace que sea imposible poseer la fe verdadera y también hace que sea imposible no pecar (**Romanos 3:9 al 18**).

Todos los creyentes de hoy, por más que algunos hayan tenido la fortuna de nacer en hogares cristianos, todos sin excepción, necesitamos ser alcanzados por la vida de Cristo. Esa es la gracia de Dios. No es correcto decir, que nosotros somos salvos, por aceptar a Cristo como el salvador. Los esclavos no son libres para elegir, los muertos en delitos y pecados, no pueden levantar sus manos para elegir lo que no pueden ver por causa de las tinieblas.

La verdad es que al momento en que alguien nos predica el evangelio, el Espíritu Santo obra en nuestras vidas trayéndonos convicción de pecado, de justicia y de juicio (**Juan 16:8**). En nuestra confesión, Él nos imparte la vida que está en la sangre (**Levítico 17:11; Hebreos 9:22**), y la vida que es la luz de los hombres (**Juan 1:4**), nos permite comprender la obra consumada de Cristo y el llamado de la gracia.

Cuando esto se produce, recibimos la vida de Cristo, y es esa vida, la nueva vida de la cual enseñaré en los siguientes capítulos. Ahora necesito mencionarla porque el gran tema que debemos analizar para el avance de nuestra vida espiritual, es cómo continúa operando nuestra naturaleza de pecado, a la par de la nueva naturaleza recibida.

Es decir, después de ser salvos, todavía podemos pecar, porque nuestra naturaleza pecaminosa permanece. Sin embargo, la buena noticia para los hijos de Dios, es que ya no somos esclavos de nuestra naturaleza pecaminosa, por lo que Cristo hizo por nosotros (**Gálatas 5:13 al 16**). Ahora tenemos la opción de no pecar, porque hemos sido liberados y tenemos el libre albedrío, porque podemos ver la luz y también conocer el mal que hay en las tinieblas.

Todos los que creemos en el Evangelio, no solo estamos destinados a la eternidad, sino que también se nos ha dado ahora, la capacidad de vivir vidas santas (**Gálatas 2:20**). La santidad otorgada en Cristo, es una realidad inmediata para todos los hijos de Dios (**1 Juan 5:11 y 12**), no necesitamos esperar un cuerpo glorificado para vivir conforme a la voluntad de Dios.

Por esta razón, las cartas apostólicas animaban continuamente a la iglesia a no pecar, sino a vivir una vida santa (**Romanos 8:13; Colosenses 3:5 y 6; 1 Pedro 4:2 y 3**). El llamado de Dios a ser santos es una tarea abrumadora, pero nuestro maravilloso Señor, no nos ha dejado solos. Es precisamente dentro de nuestra amorosa comunión con el

Espíritu Santo, que el Señor nos da los medios para ser efectivamente santos. Y eso es lo que estaremos viendo en cada capítulo de este libro.

Trágicamente, todos los hijos de Dios, todavía pecamos cada día. La diferencia es que ya no estamos en paz con el pecado, y nos esforzamos por crecer en santificación, porque somos nuevas criaturas en Cristo, y eso es lo que por naturaleza deseamos (**2 Corintios 5:17**). Afortunadamente, nuestro Salvador perfecto, ha prometido que nunca nos dejará (**Romanos 8:31 al 39**).

Un día nosotros nacimos biológicamente, pero nuestra naturaleza de pecado, nos mantuvo alejados de Dios. Un día, nos alcanzó con Su gracia y nos impartió Su vida. Ahora tenemos la certeza de haber sido perdonados y justificados en Cristo. Su Espíritu Santo nos guía a toda verdad y justicia (**Juan 16:13**), y nos pone el querer como el hacer por Su buena voluntad (**Filipenses 2:13**). Ahora podemos vivir en victoria y a pesar de haber nacido de nuestros padres con una naturaleza de pecado, tenemos la vida de Dios para vivir conforme a Su voluntad, solo debemos aprender a gestionar esa vida.

***“Pero Dios, que nos ha amado, nos hace salir victoriosos de todas estas pruebas”.***

Romanos 8:37 BLPH



## Capitulo dos

# Nacidos por Segunda vez

*“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y vuestro espíritu y vuestra alma y vuestro cuerpo sean guardados perfectos”.*

1 Tesalonicenses 5:23

Algunas personas hoy en día, enseñan que la composición humana, solo debe dividirse en dos. Es decir, el alma y el cuerpo, pero la Biblia nunca confunde el alma y el espíritu humano, sino que menciona claras diferencias, por lo cual podemos decir que los seres humanos somos tripartitos, y es bueno diferenciar estas partes para aprender sobre nuestra dinámica de vida.

A la carne, se la menciona como la vida *“bios”* o biológica, la Biblia la denomina en hebreo con la palabra *“basar”*, y en el griego con el término *“sarx”*. El alma por su parte, es mencionada con la palabra hebrea *“nephesh”* y la palabra griega *“psique”*. El espíritu se distingue de manera absoluta con la palabra hebrea *“ruaj”*, y la palabra *“pneuma”* en el griego del Nuevo Testamento.

Yo he explicado, en muchas ocasiones, que es bueno diferenciar las partes que componen nuestro ser, para poder comprender sus virtudes y funciones, pero que obviamente los seres humanos nos expresamos de manera integral. Nadie puede enviar su carne a trabajar, su alma a estudiar y su espíritu al culto. Funcionamos de manera integral, pero la riqueza de nuestro ser, puede ser bien comprendida al separarla, lo cual se torna en algo ciertamente útil para una efectiva vida de Reino.

En el principio vemos que Dios formó al hombre del polvo de la tierra. Desde entonces todos los seres humanos nacemos de nuestros padres, y más allá de la genética, todos conservamos esta naturaleza biológica, que nos vincula con la tierra. El cuerpo de carne, es lo que nos permite expresar la vida interior y movernos en el ámbito de la tierra. Cuando el cuerpo de carne muere, los seres humanos continuamos con nuestra vida interior, pero no tenemos el medio para expresarla en la tierra. Diría que el medio legal de la manifestación de la vida en la tierra, es el polvo del que fuimos formados.

Con una mentalidad de Reino diría que lo que Dios quería gobernar era la tierra, por lo tanto creó al hombre, formándolo con la sustancia de aquello que deseaba gobernar. Por otra parte, Él deseaba que el hombre pudiera desarrollar su propósito bajo Su autoridad, por eso le sopló su aliento divino. Esto quiere decir que le impartió Su Espíritu, lo cual es Su naturaleza.

A la misma vez, el hombre más allá de ser formado y soplado, fue creado como un alma viviente (**1 Corintios 15:45**). Esa es la característica que nos hace únicos y especiales en carácter, emociones, sentimientos y personalidad.

Como mencioné anteriormente, al nacer, lo hacemos con cuerpo, alma y espíritu. La gran diferencia con Adán, es que él fue creado sin pecado, y en esa condición determinó libremente pecar. Nosotros nacemos con una naturaleza pecaminosa que ineludiblemente nos conduce a la rebelión y no podemos evitar el pecado.

El pecado nos genera una separación de Dios (**Isaías 59:2**). La única manera de sostener la comunión con Dios, si es que nacimos en un hogar cristiano, u obtenerla si es que nunca la tuvimos, es a través de la justificación en la persona de Cristo, tal como escribió el apóstol Pablo: *“Por tanto, habiendo sido justificados por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo...”* (**Romanos 5:1**).

La justificación no es un simple acto soberano en el cual Dios determina perdonar al hombre y declararlo justo. La paga del pecado es muerte, si Dios hubiese perdonado sin ejecutar la condena, solo hubiese cometido una injusticia, por tal motivo, Jesús tuvo que morir en la cruz del Calvario, cargando los pecados de todos nosotros.

Por otra parte, si Dios tratara a un injusto como si fuera un justo, solo estaría cometiendo una injusticia. Si Dios declarara que un pecador es justo, sin la justificación obtenida por Jesucristo, solo tendríamos una falsa declaración, porque Dios estaría declarando algo, que simplemente no sería cierto.

La enseñanza correcta sobre la justificación es que Dios creó al Nuevo Hombre, en verdadera justicia y santidad, y lo declaró justo porque ese Nuevo Hombre es real y absolutamente justo de verdad. Dios no obra con una justicia ficticia. Cuando Jesucristo murió, nosotros morimos en Él, pero cuando Jesucristo resucitó, nosotros resucitamos en Él, para vida nueva (**Romanos 6:4**). Esa vida nueva, debe ser vivida en el Nuevo Hombre que es Cristo, por eso nosotros somos Su cuerpo (**Efesios 2:15**).

Es en esta instancia, en la que se nos debe revelar el nuevo nacimiento. Dios solo puede justificar a los que nacen de nuevo (**Juan 3:3**). Este nuevo nacimiento, no es solo una expresión de fe, sino que es literal. Quienes hemos sido alcanzados por la gracia, somos engendrados según Dios, esto significa que Él cambió nuestra condición (**1 Pedro 1:3 y 23**). No es que Dios nos invita a creer que podemos ser justos, portándonos bien; sino que nos otorga una nueva naturaleza que es santa.

Es muy importante que entendamos esto, porque los que enseñan la santidad producida por obras de justicia, solo están metiendo a la gente en religión. El Señor ciertamente



nos demanda santidad, pero Él mismo nos otorga la naturaleza, y Su Espíritu Santo, para producir en nosotros, el querer como el hacer por Su buena voluntad (**Filipenses 2:13**).

No es que antes de conocer la verdad, no creíamos en nada, y ahora nos portamos bien porque creemos. Nuestra condición es completamente diferente, a la que teníamos cuando todavía no habíamos recibido la vida de Cristo. Antes de creer, estábamos sujetos al poder de las tinieblas y, después de ser metidos en la vida del Nuevo Hombre, somos trasladados al Reino del Hijo (**Colosenses 1:13**).

Solo aquellos que hemos muerto en Jesucristo, hemos sido justificados del pecado. La Biblia demuestra que tanto judíos como gentiles somos salvos por la gracia de Dios, revelada en Cristo Jesús. No por obras de justicia que podamos realizar (**Efesios 2:8 y 9**). Solo Jesús es el fundamento firme de nuestra justificación (**Colosenses 1:21 y 22**).

Sin regeneración no hay justificación, y no hay justificación aparte de la regeneración. Cuando nacemos por primera vez, y vivimos según la carne, influenciados por las decisiones del alma, existe un solo veredicto de parte de Dios: “culpables”, esto no como una simple resolución soberana, sino porque esa condición primaria nos lleva al pecado de manera inevitable. Por otra parte, cuando somos regenerado, el veredicto que Dios nos da es: “justificados”, porque en Cristo, pasamos a ser verdaderamente justos.

Muchas veces escucho a predicadores hablar del perdón, pero pocos enseñan sobre la justificación. Para declarar al hombre libre de pecado, primero debe morir, porque si no muere, nunca podrá vivir para Dios, ***“Porque el que está muerto es justificado del pecado” (Romanos 6:7).*** Esto es muy diferente a un simple perdón basado en el amor misericordioso de Dios.

Cuando Jesús le dijo a Nicodemo que para ver el Reino o entrar en el Reino, era necesario nacer de nuevo, lo dijo considerando que Dios nunca declararía a los nacidos según la carne, como libres de culpa. Por eso mismo, Él murió por todos los pecadores. Esto es el justo por los injustos, y si nosotros queremos ser justificados, debemos participar de Su muerte.

***“Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios; mortificado, en verdad, en la carne, pero vivificado por el Espíritu”***

1Pedro 3:18

Otro paso fundamental para comprender la justificación, es entender que en el nuevo nacimiento, recibimos una nueva naturaleza creada en verdadera justicia y santidad. ***“Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Romanos 6:6).***

La Justificación no proviene de nuestra fe, sino de un acto creativo de Dios, mediante el cual somos metidos en la vida del Hijo, que es el Nuevo Hombre. Lo cual ciertamente recibimos por gracia, y podemos vivir por medio de la fe. Dios declara justo al hombre en la persona de Cristo y por tal motivo no hay condenación. Es decir, salvación no solo es haber creído, sino haber recibido una nueva naturaleza santa y eterna.

Cuando Pablo escribió su carta a los hermanos de Colosas expresó: ***“Porque ya estás muerto, y tu vida está escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3:3)***, esto es muy trascendente, porque estaba enseñando que los cristianos somos absolutamente justificados de todo pecado, es decir, muertos al pecado, y vivos para Dios ***“Así que fuimos sepultados con él por el bautismo en la muerte; para que, como Cristo resucitó de los muertos, por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida” (Romanos 6:4)***.

Jesús fue enviado por el Padre, para morir por el pecado de la humanidad, porque es necesario que los hombres mueran al pecado para poder vivir para Él. Por eso resucitó al tercer día, para que los predestinados para alcanzar Su gracia, podamos ser declarados justos ante Él. Sin muerte no hay resurrección, sin resurrección no hay justificación

***“El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”.***

Romanos 4:25

Ahora bien, la nueva vida espiritual que recibimos, se funde con nuestro ser. Ahora somos de arriba y somos de abajo. Tenemos una naturaleza de pecado, pero también tenemos una naturaleza santa. Tenemos un cuerpo de muerte, pero a la misma vez, somos eternos. Somos hijos de nuestros padres biológicos, pero a la misma vez, somos hijos de Dios.

Esto genera permanentes conflictos internos que complican nuestra gestión de vida. Por este motivo, determiné titular este libro como “Doble vida”, porque creo que desarrollar la comprensión de este asunto, puede ayudarnos mucho para una vida de Reino efectiva.

Examinemos el siguiente ejemplo: si ponemos café en una taza y luego le agregamos leche, ambos elementos se mezclarán dando lugar a la creación de un nuevo elemento llamado café con leche. De hecho, podemos decir que el café sigue siendo café, y podemos decir que la leche sigue siendo leche, pero mezclados llegan a ser una tercera sustancia única y diferente.

De la misma manera, nosotros tenemos una vida de carne mortal, y una naturaleza pecaminosa. Cuando somos alcanzados por la gracia, recibimos vida espiritual, y el Espíritu Santo viene a nosotros para hacer morada en nuestro ser. La fe recibida, nos permite comprender y creer en la obra integral de Cristo, en el perdón y la justificación.

Ahora sabemos que la Sangre de Cristo nos ha limpiado de todo pecado, y que el poder de la cruz, nos

permite tratar con el pecador. Ahora sabemos que somos hijos de Dios, santos, justos, eternos, sacerdotes, reyes, herederos y poseedores de todas las virtudes de Cristo.

Pablo escribió *“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”* (Gálatas 2:20). Por la fe, en Él vivimos, nos movemos y somos cada día (Hechos 17:28). Este es un hecho, es una realidad espiritual, es una verdad eterna.

Aun así, aplicando el poder de la fe en el poder del Espíritu Santo. Tratando de vivir conforme a la voluntad de Dios en todo, encontramos que aun fallamos, que aun surge en nosotros pensamientos indebidos, deseos incorrectos, sentimientos egoístas, y hechos pecaminosos. Esto nos hace sentir muy mal. Ciertamente no queremos ser así, pero de pronto nos encontramos fluyendo desde la esencia de pecado.

Creemos absolutamente en quienes somos en Cristo, y todo lo que tenemos en Él. Sabemos que ahora somos libres, que estamos bajo el gobierno del Espíritu, y que el conocimiento de la Palabra nos puede guiar correctamente. Sin embargo, y a pesar de amar profundamente a Dios, fallamos muchas veces.

Pablo vivió en carne propia lo que produce la naturaleza pecaminosa, más allá de la vida santa. Por eso relató esta circunstancia en la carta a los romanos, diciendo:

“Nosotros sabemos que la ley viene de Dios; pero yo no soy más que un simple hombre, y no puedo controlar mis malos deseos. Soy como un esclavo del pecado...”

“La verdad es que no entiendo nada de lo que hago, pues en vez de hacer lo bueno que quiero hacer, hago lo malo que no quiero hacer. Pero, aunque hago lo que no quiero hacer, reconozco que la ley es buena. Así que no soy yo quien hace lo malo, sino el pecado que está dentro de mí...”

“Yo sé que mis deseos egoístas, no me permiten hacer lo bueno, pues aunque quiero hacerlo, no puedo hacerlo. En vez de lo bueno que quiero hacer, hago lo malo que no quiero hacer. Pero si hago lo que no quiero hacer, en realidad no soy yo quien lo hace, sino el pecado que está dentro de mí...”

“Me doy cuenta entonces de que, aunque quiero hacer lo bueno, sólo puedo hacer lo malo. En lo más profundo de mi corazón amo la ley de Dios. Pero también me sucede otra cosa: hay algo dentro de mí, que lucha contra lo que creo que es bueno...”

“Trato de obedecer la ley de Dios, pero me siento como en una cárcel, donde lo único que puedo hacer es pecar. Sinceramente, deseo obedecer la ley de Dios, pero no puedo dejar de pecar porque mi cuerpo es débil para obedecerla. ¡Pobre de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo, que me hace pecar y me separa de Dios? ¡Le doy gracias a Dios, porque sé que Jesucristo me ha librado!” **(Romanos 7:14 al 23 Biblia Lenguaje Sencillo).**

Veamos que Pablo plantea su problema, tal como una lucha interna surgida entre el bien y el mal. Algunos teólogos atribuyen esta lucha de Pablo a una simple etapa de inmadurez espiritual sufrida por el apóstol, pero de manera personal, yo no creo eso. Primero porque Pablo no escribió esto, tratando de relatar una experiencia de su pasado.

Tampoco estaba viviendo en inmadurez en el momento en el que escribió esta carta. Además no creo que haya sido así, porque Pablo no planteó esa lucha, como algo irresuelto que lo tiene en fracaso espiritual, sino que en el mismo pasaje, terminó expresando su gratitud a Jesucristo, leamos esto en la versión Reina Valera: ***“¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado” (Romanos 7:24 y 25).***

Aquí es claro que, así como Pablo reconoce su problema, también plantea la revelación de cómo sobrellevarlo. Es más, en el capítulo siguiente amplía la forma en la que se puede llevar de manera efectiva, esta lucha entre la naturaleza pecaminosa, y la santa naturaleza espiritual, que todos los cristianos tenemos.

Quienes vivimos el evangelio con intensidad y buscamos apasionadamente vivir bajo la voluntad de Dios, sabemos muy bien que muchas veces no nos resulta fácil asumir nuestros pensamientos, sentimientos, deseos, acciones o reacciones que preferiríamos no tener. Todos

luchamos contra algunos aspectos de nuestro ser. Todos deseáramos ser absolutamente como Jesucristo, pero a la misma vez, todos terminamos reconociendo que todavía nos queda lejos Su maravilloso ejemplo.

No debemos descalificarnos, frustrarnos, ni rendirnos por esto. Lo que nos ocurre es normal, porque a veces no sabemos cómo gestionar la fe, no sabemos cómo funciona la cruz, ni cómo vivir efectivamente bajo el poder del Espíritu Santo. No es que no queremos, es que a veces no sabemos cómo hacerlo, pero estamos a tiempo para aprender.

Todos en algún momento, parecemos café, en otro momento parecemos leche, y muchas veces somos café con leche. Quisiéramos encontrar un interruptor, capaz de apagar definitivamente nuestro yo, y encender a Cristo en nosotros, de tal manera, que podamos reflejarlo claramente, a través de los dones, los frutos y todas sus virtudes. Quisiéramos ser absolutamente humildes, sabios y puros, pero cada día, algo nos recuerda que todavía estamos en un cuerpo de muerte.

Los hijos de Dios, ciertamente deseamos ser embajadores del cielo, claros exponentes del amor de nuestro Padre. Sin embargo, todavía lloramos nuestras miserias. Aun así, debemos perseverar, porque nada es en vano. Solo estamos aprendiendo a vivir plenamente en Cristo, sin aceptar livianamente una doble vida.

***“Por eso, ya no vivan ni se conduzcan como antes, cuando los malos deseos dirigían su manera de vivir. Ustedes***



***deben cambiar completamente su manera de pensar, y ser honestos y santos de verdad, como corresponde a personas que Dios ha vuelto a crear, para ser como Él...”***

Efesios 4:22 y 23 BLS



## Capitulo tres

# ¿Cristianos carnales?

*“Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; sólo que no uséis la libertad como pretexto para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros”.*

Gálatas 5:13

Esta expresión de cristianos carnales, es bastante común en el seno de las congregaciones, pero ¿Qué significa realmente? ¿Es posible que haya cristianos carnales? ¿Qué significa eso en realidad? ¿Somos carnales cuando evidenciamos debilidades de la carne, o consiste en algo más? Para responder a esta pregunta tenemos que considerar correctamente el fundamento del evangelio del Reino.

Como hemos visto en el capítulo anterior, los hijos de Dios, somos justificados mediante la obra redentora de Cristo, y hemos sido unido en la comunión con Su Espíritu, y en Su cuerpo. Somos hijos de Dios porque hemos sido alcanzador por la gracia del Señor, en lo que llamamos la “regeneración”. Entonces somos insertados a una realidad espiritual y moral impulsada por la vida y no por la razón.

La comunión con todos los santos y la vida en comunidad que expresa la Iglesia, es el simple resultado de esa misma conducción del Espíritu, y no de una imposición religiosa. Al menos no debería serlo. Esta realidad que nos convierte en verdaderos discípulos también es expresada por la llamada “santificación”. De modo que en la vida cristiana la justificación por la fe y la santificación son el resultado de una misma esencia.

Esto es muy importante comprenderlo, porque la vida espiritual, o la vida carnal, no son el resultado de simples conductas. Los hechos no generan la espiritualidad o la carnalidad. Sino que por el contrario, los frutos espirituales, o los frutos de la carne, son el resultado de una naturaleza y nunca al revés.

Jesús dijo que ***“No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos”*** (Mateo 7:18). Cualquiera puede enseñar que debemos dar frutos buenos, pero la verdad es que así como no le podemos pedir corderitos a una cabra, tampoco podemos enseñar a dar frutos, desde la educación intelectual.

Un inconverso puede ser educado, pero solo será un pecador educado, nunca un santo dando frutos espirituales. De la misma forma, un santo producirá buenos frutos por causa de su esencia. Así como un pecador puede portarse bien, un santo puede llegar a pecar, pero esa no es su esencia. Por eso Juan, dice: ***“Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue***

*engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca” (1 Juan5:18).*

Lo que Juan está diciendo es que los hijos de Dios, llenos del Espíritu Santo, no deseamos la práctica de pecados. Eso no implica que nunca pequemos. Una cosa es que en una conversación expresemos algo inexacto, lo cual es una mentira, y otra cosa muy diferente es que seamos mentirosos. No deberíamos mentir en nada, eso es un hecho, porque sabemos que eso no le agrada a nuestro Padre, pero casi de manera inevitable en algo siempre fallamos, sea una mala palabra, un mal pensamiento, una falsedad, un chisme, o cosas semejantes+.

La verdad es que no seremos completamente libres del pecado hasta que muramos, o hasta que Jesús venga de nuevo y experimentemos la transformación gloriosa. Sin embargo, llegar a ser cristianos, resulta de una vida nueva, y no de un cúmulo de buenas acciones (**2 Corintios 5:17**). Una persona salva, pasará de hacer los deseos de la carne (**Gálatas 5:19**), a manifestar el fruto del Espíritu (**Gálatas 5:22**), al entregarnos humildemente al gobierno del Espíritu Santo que mora dentro nuestro, permitiendo que Él, ejerza su autoridad en todas las áreas de nuestra vida.

Este cambio, no se produce instantáneamente, ni por simple educación, sino que ocurre a través del tiempo como desarrollo natural de nuestra vida con Dios. Si una persona que dice ser cristiana, no demuestra frutos de la regeneración, probablemente sea porque no es un verdadero hijo de Dios.

Por causa de descuidos, por la operación de las tinieblas, o por dar rienda suelta a las propias concupiscencias, los cristianos también podemos llegar, a cometer graves pecados. La historia está repleta de cristianos que no han guardado sus pasos, y que han llegado a cometer terribles pecados. Esto no debería ser así, tenemos al Espíritu del Señor, para no caer en tan tristes experiencias, pero debemos reconocer que eso puede pasar. Pablo advirtió: ***“Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Corintios 10:12).***

Jesús murió por todos nuestros pecados, y esto no diferencia los pequeños pecados de los grandes. El pecado es pecado y punto, pero Su amor y Su gracia, son más que suficientes, como para no cometer ninguna transgresión a la voluntad de Dios. En **1 Corintios 6:9 al 11**, el apóstol Pablo describe el tipo de vida pecaminosa del cual los creyentes hemos sido librados. El versículo **11** dice, ***“Y eso eran algunos de ustedes. Pero ya han sido lavados, ya han sido santificados, ya han sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios”.*** Notemos la palabra “eran”.

Los creyentes de Corinto solían hacer las cosas enumeradas en los versículos **9 y 10**, antes de ser salvos, fornicación, idolatría, adulterio, perversiones sexuales, robos, avaricia, borracheras, calumnias estafas, etc. Pero ahora eran diferentes, ya no practicaban estas cosas, porque la vida de Dios operaba en ellos, y ahora vivían bajo el gobierno de Dios. Lo mismo acontece en nosotros.

Pablo no les estaba enseñando esto como una amenaza, sino que les estaba diciendo que si vivían Reino, estas cosas no podían ser parte de sus vidas, porque los que practican tales cosas, no tienen parte en el Reino, y nunca la tendrán, porque no están viviendo la vida de Cristo, pues quienes viven en Cristo, no desean practicar tales cosas.

Por lo tanto, lo que regula nuestra espiritualidad, comienza con nuestros deseos, no con nuestros hechos. Si deseamos lo correcto, es porque nuestro corazón está operando bajo el gobierno del Espíritu Santo. Eso no nos hace infalibles, pero puede libranos de pecar. Y si alguna vez pecamos, no solo nos ayudará a levantarnos, sino que nos irá perfeccionando hasta que podamos manejar con autoridad toda tentación.

La pregunta que deberíamos hacernos es: ¿Puede un individuo que es adúltero, borracho, homosexual, abusador o asesino, ser salvo? Sí, no importa el grado de pecaminosidad, ni lo que una persona haya podido hacer en su vida. Si es alcanzado por la gracia de Dios, será salvo, pero ¿Puede un cristiano vivir practicando estos pecados y ser salvo? En realidad, si es cristiano, no puede practicar estas cosas, esa es la gran cuestión que debemos comprender.

La salvación no es el resultado de lo que hacemos, sino el resultado de lo que somos. Cuando nos convertimos en cristianos, nuestras vidas cambiarán por naturaleza, no por acuerdo mental. Cualquier persona que vive una vida pecaminosa y afirma ser un cristiano está mintiendo, se

engaña a sí mismo, o realmente es un creyente que va a experimentar el juicio y la disciplina de Dios, porque es inmaduro, o no ha entendido lo que el Reino significa (**Hebreos 12:5**).

La diferencia entre un incrédulo pecador, y un hijo de Dios que comete un pecado, es que uno ama su pecado, mientras el otro, aunque no lo haya podido evitar, lo odia profundamente. El creyente que tropieza en su caminar, ciertamente lo lamenta, lo confiesa, y desea que no se repita, Busca apropiarse del poder de Dios y de Su gracia para evitarlo. En ocasiones lo logra fácilmente y en ocasiones, no sabe que está haciendo mal, o por qué no le está funcionando, pero de manera absoluta, no desea practicar el pecado, sino deshacerse de él (**1 Juan 3:6**).

Ahora bien, cuando hay personas que son identificadas como cristianas, pero asumen un estilo de vida que no parece estar en conformidad con los patrones de vida descritos en la Biblia, se los denomina como “cristianos carnales”. Esta forma de nombrarlos, procura describir las inconsistencias que sufren, entre la confesión de su fe y las prácticas que realizan en sus vidas.

En realidad, no hay una definición formal de esa frase, y muchas personas la usan de diferentes maneras, para algunas personas, ser un cristiano carnal, es ser alguien que ha determinado no seguir las reglas o las tradiciones de su congregación. Para otros, se refiere a un cristiano que no ha tenido una experiencia real de conversión. Para otros es

alguien convertido, pero que no muestra evidencia de un cambio moral, ni produce frutos espirituales.

En realidad, se espera que los hijos de Dios, discípulos de Jesucristo, practiquemos las buenas obras preparadas de antemano para que andemos en ellas (**Efesios 2:10**). Estas obras incluyen tanto deseos como acciones, crecer en el fruto del Espíritu, renunciando radicalmente a los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y las vanaglorias de la vida (**1 Juan 2:16**). Es decir, cuando un cristiano vive más, bajo el gobierno de la carne que bajo el gobierno del Espíritu, podemos decir que es más carnal que espiritual.

*“Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto la mente carnal es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. Más vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él...”*

Romanos 8:5 al 9

Estos versículos contrastan a aquellos que son de mente carnal con los que son de mente espiritual. Observemos atentamente el versículo seis. *“Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz...”* (**Romanos 8:6**). Este concepto



también es interpretado por muchos, para decir que un cristiano carnal simplemente no existe, ya que es carnal o es cristiano. Lo cual también tiene mucha lógica.

Ellos dicen que ser de mente carnal, significa estar bajo el control de la carne, y como dice Pablo, el ocuparse de la carne es muerte. Por lo tanto definen que la idea de que hay cristianos carnales es totalmente moderna y falsa. El renombrado Dr. Lloyd-Jones explicó lo que para él significa ser de mente carnal.

*“Significa que es solo temporal, no tiene nada que ver con lo eterno. Su referencia es a la vida sólo en este mundo, a la vida limitada por el cuerpo y las diversas cualidades y atributos de la mente carnal... Ocuparse de la carne incluye intereses políticos sin Dios, intereses sociales sin Dios, intereses culturales sin Dios. Eso es lo que significa la expresión. Pablo tiene en mente las actividades más altas del hombre, su filosofía, su arte, su cultura, su música, que nunca llegan más allá de la carne. Dios está fuera de todo, Él es excluido de allí...ellos pueden escribir con elocuencia acerca de la formación de una especie de utopía, pueden producir obras maestras del arte y de la literatura y de la música; pero no hay alma allí, no hay Dios allí, no hay Espíritu allí. Todo es según la carne”* (Lloyd-Jones, *ibid.*, pág. 6).

Debo mencionar esto, porque el doctor Lloyd-Jones, no es el único que piensa de esa manera, y yo comprendo muy bien lo que pretenden decir. Estoy de acuerdo en el

hecho de que un cristiano no debería dejarse guiar por ningún deseo de la carne, ni por sentimientos puramente almáticos, y por supuesto no pretendo justificar livianamente los malos comportamientos de quienes toman como poco la voluntad de Dios.

Lo que pretendo exponer, es que hay procesos y situaciones que pueden hacer, que un verdadero cristiano, legítimamente renacido, tenga pensamientos, o actitudes pecaminosas, tanto en la inmadurez de su vida espiritual, como en momentos de conflictos y debilidad.

Por ejemplo, Pablo expone en su carta a los corintios, que la carnalidad puede ser el estado momentáneo de los cristianos inmaduros: ***“Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía, porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres?”*** (1 Corintios 3:2 y 3). Otras versiones como la NVI, en lugar de decir ***“carnales”*** dice ***“inmaduros”***. Es claro que en este pasaje Pablo está haciendo un incisivo contraste entre creyentes maduros y hermanos que provocaban divisiones por sus prácticas egoístas.

Pablo se refiere a quienes tenían comportamientos capaces de fracturar la comunión entre los hermanos, como personas carnales. Ciertamente muchas otras actitudes, prácticas o vicios pueden llegar a ser consideradas como “carnales”, pero en esa ocasión Pablo esperaba que el

resultado de su exhortación sea la reforma personal a través de la madurez.

Los hermanos de Corinto realmente eran renacidos, de hecho, era claro por las cartas de Pablo, que funcionaban en todos los dones espirituales. Sin embargo, eran inmaduros y no comprendían muy bien las dimensiones que el evangelio del Reino les estaba proponiendo. Esto es algo muy frecuente hoy, y lamentablemente no me estoy refiriendo a los dones, sino a la inmadurez espiritual de los creyentes.

Es por esto, que la expresión de cristianos carnales, puede ser aceptada por algunos, o rechazada por otros. Incluso utilizada de manera muy diferente. Yo simplemente creo que hay cristianos verdaderos y otros que se dicen cristianos, pero que no han experimentado la regeneración. En ambos casos puede haber hechos pecaminosos. En el caso de los no renacidos, es lógico que esto ocurra, porque son practicantes de una religión, pero carecen de la verdadera vida espiritual.

En el caso de los cristianos verdaderos, no debería ocurrir, eso es real, pero todos vivimos en un proceso de crecimiento y la inmadurez es la evidencia de no estar aún, viviendo completamente bajo el gobierno del Espíritu Santo. Por otra parte, los que ya somos maduros, podemos vivir procesos, conflictos, dificultades, tentaciones, o ataques de las mismas tinieblas, que nos hagan caer en pensamientos, sentimientos o en acciones pecaminosas.

Cuando esto ocurre, prefiero no decir que tal hermano es un carnal, sino más bien es alguien que se ha dejado llevar por sus propias concupiscencias, o que no han sido lo suficientemente fuertes para hacer lo correcto.

Solo consideraría a un hermano como alguien carnal, cuando adopta como normal, actitudes pecaminosas a las que determina voluntariamente, no asignarles ninguna gravedad. Son renacidos, pero llegan a creer que Dios acepta cierto grado de pecaminosidad. Se asumen imperfectos, pero dicen que aman a Dios, y que Dios entiende muy bien que ellos son de esa manera.

Por supuesto, yo no dudo del amor de ellos, ni del amor de Dios, pero recordemos que el Padre, aunque amó de manera perfecta a Su Hijo, lo envió a la cruz del Calvario. Que Dios nos ama es un hecho innegable, pero Él nos ha dado todas las herramientas para que podamos vivir conforme a Su perfecta voluntad.

Es verdad que todos luchamos contra nuestro egoísmo interno, todos tenemos un grado de orgullo y de vanidad. Todos tenemos un cuerpo de muerte, que demanda incansablemente ser complacido. Sin embargo, y a pesar de todo, debemos aborrecer el pecado, nos deben doler los errores, nos debe resultar amargo el orgullo de corazón. Nos deben producir arrepentimiento genuino, los pensamientos, los dichos y los hechos ajenos a la santidad.

No necesitamos, descalificarnos, ni acusarnos unos a otros, no debemos frustrarnos por nuestra incapacidad, solo debemos ser conscientes de que tenemos dos naturalezas, una celestial y otra terrenal, una de arriba y una de abajo, una santa y una pecaminosa. Es lógico que existan luchas en nuestro ser. No nos conformemos con la mediocridad, no nos acostumbremos a nuestras debilidades, llenémonos del Espíritu Santo y vivamos como Jesús.

Yo sé muy bien que esto no es fácil, hoy vivimos tiempos muy demandantes. El sistema procura absorbernos con afanes laborales, familiares y económicos. Es difícil para muchos hermanos, encontrar tiempos de calidad para cultivar una profunda comunión con Dios. Pero créanme que es necesario. Si deseamos vivir una verdadera vida de Reino, necesitamos administrar correctamente nuestros tiempos.

Jesús fue alguien capaz de encontrar tiempos de intimidad con el Padre, a pesar de las demandas de toda la gente que lo seguía. Personalmente, creo que eso fue lo que le permitió alcanzar un sano equilibrio emocional, y llegar a vivir efectivamente como el Hijo de Dios, y no simplemente como el hijo del carpintero.

***“Pero, si el Espíritu de Dios vive en ustedes, ya no tienen que seguir sus malos deseos, sino obedecer al Espíritu de Dios. El que no tiene al Espíritu de Cristo, no es de Cristo”.***

Romanos 8:9 BLS

## Capitulo cuatro

# Dependientes del Espíritu Santo

*“Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden...”*

Romanos 8:5 al 7

Si queremos vivir bajo el gobierno del Espíritu Santo, necesitamos comprender cuán mala es nuestra carne. Necesitamos comprender que siempre está en enemistad con Dios, que no puede agradarlo, que no se sujeta a Su voluntad, sino que se rebela contra el Reino. Por consiguiente, no debemos tratar de complacerla, sino sujetarla al gobierno del Espíritu Santo.

Según el apóstol Pablo escribió a los gálatas, tenemos que crucificar la carne (**Gálatas 5:24**). Pablo nos dice que debemos comprender que en la carne no existe el bien, que

está llena de pecado y de muerte. No debemos pensar que tenemos algo bueno, o que tenemos alguna posibilidad de ser buenos en nosotros mismos. Si hemos de glorificar a Dios es a través de Su misma esencia.

Debemos ser iluminados para ver que nuestra carne solo es útil bajo el gobierno del Señor. No debemos tener ninguna esperanza positiva en cuanto a nuestra carne, excepto en el hecho de que nos sirve para expresar la vida que portamos. Por tal motivo, cuidar la carne en el sentido de salud es sabiamente necesario, pero no necesitamos complacerla en sus caprichos.

La debilidad de nuestro ser, es útil cuando cultivamos la humildad, porque eso nos hace dependientes y nos obliga a volvernos a la necesaria operación del Espíritu Santo. El riesgo siempre está ahí, la carne nunca se torna absolutamente confiable, no debemos engañarnos al respecto.

Lo peor que podemos hacer, es llegar a pensar que por el tiempo transcurrido en nuestra vida de fe, llegamos a tener control de nuestro ser. El Señor dijo a través del profeta Jeremías: ***“Yo, el Dios de Israel, declaro: ¡Maldito quien confía en los demás! ¡Maldito quien confía en sí mismo! ¡Maldito quien se aleja de mí!”*** (Jeremías 17:5 BLS). Es claro que la maldición persigue a nuestra vieja naturaleza y que la bendición solo se produce en Cristo, que es el Nuevo Hombre.

En la cruz Jesucristo le puso fin a todas las cosas, pero si la carne es tan ingobernable podríamos preguntarnos ¿Por qué nos dejó en este cuerpo de muerte? Parece que cuanto más oramos para deshacernos de la carne, más somos perturbados por ella, y más activa se vuelve. Tal vez por eso Pablo dijo: “*¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?*” (**Romanos 7:24**).

En realidad la carne nos permite la expresión de la vida de Dios en la tierra, y es nuestra legalidad. Solo tierra redime tierra, y nuestro cuerpo es la herramienta legal para la expresión de la vida. La debilidad de la misma, no debe frustrarnos, porque no debemos tratar de controlarla con nuestras fuerzas, sino que debemos volvernos a Dios en humildad y permitir que el poder del Espíritu Santo, ponga en nosotros el querer como el hacer por Su buena voluntad (**Filipenses 2:13**).

Llegará el día, en que este cuerpo mortal será revestido de inmortalidad, y la corruptibilidad de nuestra carne, será reemplazada por la incorruptibilidad de un cuerpo glorificado tal como el del Señor, después de la resurrección (**1 Corintios 15:53**). Entonces la muerte perderá su poder y la eternidad se manifestará definitivamente en nosotros.

Es por esta revelación, que Pablo luego de sentirse miserable y preguntar ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? Da la respuesta agradeciendo a Jesucristo (**Romanos 7:25**). Ahora vivimos en Él, y a pesar de las luchas que puede generar nuestra vieja naturaleza, no vivimos en condenación,



porque estamos en Cristo, y no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.

Tenemos que comprender la dinámica del Reino, porque los deseos de la carne y la voluntad del Espíritu está muy cerca. **Romanos 8:6**, dice que poner nuestra mente en la carne es muerte, y que poner nuestra mente en las cosas del Espíritu es vida y es paz. El versículo **4** dice que nuestra decisión debe ser clara, tenemos que andar según el espíritu, y no según la carne.

**Romanos 8:10** dice que si Cristo está en nosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, más el espíritu vive a causa de la justicia. Pero ¿Qué significa esto realmente? Bueno, la frase *“a la verdad”* es clave, porque conlleva la idea de conceder revelación y seguridad. Es decir, es verdad que nuestro cuerpo es de muerte, y en consecuencia su redención aún está incompleta, pero si Cristo está en nosotros por Su Espíritu inmanente, aunque nuestros cuerpos tengan que pasar por la experiencia de la cruz diaria, y la muerte definitiva por causa del pecado, nuestro espíritu lleno de vida, nos mantiene inmortales, y en justicia absoluta, de manera que recibiremos total redención. Esta es la verdad y nuestra absoluta esperanza.

Debemos estar claros en que no importa cuántos años llevemos ya de renacidos. No importa cuántos años de sana comunión espiritual podamos tener, de todos modos estas dos naturalezas están en nosotros. La carne y el Espíritu están en nosotros proponiendo desde su esencia. El Espíritu es el que

reina y la carne es un esclavo que debe cumplir con obediencia la voluntad del Rey. Si nos rendimos a Él con humildad, todo nuestro ser puede expresar adoración (**Salmo 103:1**).

Por un lado, padecemos nuestra carne, pero por otro lado, alabamos al Señor por la ayuda que recibimos de la carne. Personalmente debo confesar que desde el día que descubrí que mi carne era un caso perdido, tuve temor de mí mismo, y empecé a acudir al Señor y a volverme al Espíritu en todo lo que hacía. Mi enseñanza cambió por completo, porque la debilidad me reveló la dependencia que debemos procurar.

Esto fue en expansión, y llegué a comprender que si pretendemos una vida de Reino, necesitamos la operación de Dios en todo, absolutamente en todo, desde los deseos de nuestro corazón, hasta el dominio propio para consumir las obras de Su voluntad. El autor a los hebreos lo dice claramente:

*“Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén”.*

Hebreos 13:20 y 21

Me di cuenta con el tiempo, que no éramos nosotros haciendo cosas para Dios, sino que era Él, haciendo Su voluntad a través nuestro. Que la expresión del Nuevo hombre, no estaba basada en portarnos bien, o hacer obras de justicia para Dios, sin permitir que el Espíritu Santo, que es la vida de Dios, opere en nosotros, poniendo la voluntad del Padre y haciendo Él a través de nosotros Su deseo.

Entonces también comprendí, que el evangelio no se vive con nuestras fuerzas, no es con nuestro sacrificio. Debemos disfrutar a Cristo, debemos disfrutar una profunda comunión con el Espíritu Santo y gozarnos en Sus obras. Entonces funcionamos como canales para la expresión divina, somos como espectadores de Su gloria.

Yo sé que los maestros éticos y moralistas, enseñan cómo vencer y controlar la carne. Pero la Biblia solamente revela que esto es imposible para nosotros, que de la misma manera que no pudimos salvarnos haciendo algo, no podemos vivir el evangelio por hacer algo con nuestras fuerzas. Solo debemos rendirnos humildemente a Él, reconociendo nuestras absolutas limitaciones, para que Él haga en nosotros lo que nosotros no podemos.

***“Sin embargo, no depende de la edad entender lo que es justo; no son los muchos años los que dan sabiduría.***

***Lo que nos hace sabios es el espíritu del Dios todopoderoso, ¡y ese espíritu vive en nosotros”***

Job 32:8 BLS

La vida cristiana parece ser muy misteriosa y abstracta, pero Pablo la presentó como algo práctico al hablar sobre la carne en el aspecto negativo y sobre el espíritu humano en el aspecto positivo. La carne humana y el espíritu humano son la clave para la gestión de la vida cristiana. Si queremos experimentar la vida en una manera práctica, tenemos que entender claramente lo que son la carne como enemiga, y nuestro espíritu humano, en donde podemos mantener la comunión con el Espíritu Santo.

En mi experiencia personal como maestro, con muchos años viajando y ministrando en diferentes iglesias, diría que un gran porcentaje de hermanos, no entienden claramente la dinámica de nuestra vida espiritual. Debo reconocer también que la religión y las estructuras de las diferentes congregaciones, han realizado un trabajo enorme, para mantener a la gente en ignorancia espiritual. No digo que eso ha sido generado a propósito, pero así es la religiosidad, y las instituciones están impregnadas de ella.

La instrucción bíblica o teológica, puede contribuir al conocimiento de la Palabra y en la formación bajo algunas doctrinas que ciertamente son fundamentales, pero no contribuyen en la revelación de la vida espiritual y su gobierno. Es decir, puede que hayamos leído y estudiado sistemáticamente el libro de romanos, y aún que estemos familiarizados con sus términos, pero no necesariamente tendremos una clara revelación del Reino por eso.

Muchos cristianos han leído **Romanos 8** y han visto allí al Espíritu Santo, pero no han visto que también se menciona al espíritu humano. Por ejemplo, el versículo **16** dice: *“El Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu”*. Este versículo habla del Espíritu Santo, pero también habla de nuestro espíritu, que es el espíritu humano.

No podemos comprender al Espíritu Santo sin nuestro espíritu humano, porque en él, radica el centro de la comunión con Dios. No importa cuán maravilloso sea el Espíritu Santo, de todos modos necesitamos el órgano apropiado, nuestro espíritu humano, para poder estar conscientes de Él y para comprender Su voluntad.

Si no tuviéramos ojos, no podríamos ver nada de lo que hay en nuestro entorno, porque los ojos son los órganos apropiados para percibir estas cosas. Si no tuviéramos oídos, no podríamos oír ningún sonido, porque los oídos son las herramientas necesarias para captar los sonidos. Dios es Espíritu (**Juan 4:24**), si no tuviéramos espíritu, no podríamos percibirlo a Él, porque lo espiritual debe ser recibido espiritualmente (**1 Corintios 2:14**).

Por este mismo motivo Jesús le dijo a Nicodemo que para ver el Reino y para entrar en él, era necesario nacer de nuevo. Nicodemo era un maestro de la Ley y sin embargo, no comprendía lo que Jesús le estaba enseñando, y eso era lógico, porque estaba sufriendo la causa de ese mismo principio. Nicodemo podía conocer muy bien las Escrituras,

pero no tenía vida espiritual, como para recibir revelación de la Palabra.

Jesús le dijo: ***“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu”*** (Juan 3:6 al 8).

La genética natural, resultado de nuestro primer nacimiento, por causa del pecado, se vuelve absolutamente incapaz de comprender el evangelio del Reino. La genética espiritual recibida en el segundo nacimiento de parte de Dios (**Juan 1:13**), es el medio por el cual, el Señor Se revela y revela Su plan a nuestras vidas.

***“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios”.***

Romanos 8:14

Hay hermanos que se sienten orgullosos si alguna vez escucharon la voz audible del Señor, pero en realidad Dios es Espíritu, y si alguna vez les habló a la carne, cosa que puede hacer en determinado momento, es porque primero habló al espíritu, y quién debió escuchar, no fue capaz de hacerlo. En otras palabras, si Dios nos habla a la carne, es porque sabe que tenemos más desarrollado ese oído, que el oído espiritual.

En el Antiguo Testamento, no había regeneración, ni el Espíritu Santo hizo morada en ningún creyente. Lo que ocurría era que el Espíritu Santo descendía sobre sacerdotes, reyes o profetas, cuando Él determinaba y es por eso que en muchas ocasiones, también habló audiblemente a esos hombres, pero en Cristo no es así. Tampoco creo que fue así en el principio.

Es decir, en el caso de Adán, yo creo que Dios hablaba con Él tal como lo hizo con Jesús y lo hace con nosotros hoy. En los días de la encarnación, el Padre habló audiblemente solo en un par de ocasiones, pero lo hizo para la gente en general y para que sus discípulos creyeran. Así lo hizo en el día del bautismo, o en el monte de la transfiguración, pero con Jesús hablaba a través de Su Espíritu Santo, y con nosotros lo hace de la misma manera.

El motivo por el cual digo que con Adán ocurría lo mismo, es porque Adán fue creado a imagen y semejanza de Cristo, y antes de pecar, fue un hombre lleno del soplo de Dios, que era el Espíritu Santo. Por tal motivo, cuando pecó y Dios le habló, él se escondió con mucho miedo. El Señor le preguntó dónde se escondía y Adán le respondió: ***“Es que oí tu voz en el huerto y tuve miedo...”*** (Génesis 3:10).

Yo creo que Adán nunca había escuchado la voz audible de Dios, solo escuchaba la voz del Espíritu, pero cuando pecó, perdió esa comunión interna, y solo quedó como un carnal, con la única posibilidad de escuchar a Dios a través de sus sentidos físicos. Es por eso que las personas

sin Dios, no logran percibir Su presencia, no logran comprender Su verdad, no logran ver a Dios, ni aun en Su imponente creación.

Así ocurrió con nosotros, pero ahora, quienes hemos sido alcanzados por la gracia, quienes hemos recibido la vida espiritual, tenemos sentidos espirituales, para oír a Dios, para ver el Reino, para escuchar Su voluntad, para entender Sus diseños y para comprender las maquinaciones de las tinieblas.

No tenemos excusa para una vida plena, pero no debemos buscarla en la carne, sino en la vida espiritual. No debemos procurar vivir el evangelio a través de nuestros sentidos naturales, porque eso solo genera frustración y conflictos. Debemos comprender que en lo natural, no tenemos nada especial, pero en el espíritu somos semejantes a Cristo, debemos definir, bajo que naturaleza vamos a vivir.

***“Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros”.***

Romanos 8:11





## Capítulo cinco

# Funcionando en La vida de Cristo

*“La gracia de nuestro Señor Jesucristo  
Sea con vuestro espíritu”.*

Gálatas 6:18

Esta expresión de Pablo, que suele pasar desapercibida, porque es el versículo despedida de la carta a los gálatas, contiene una profunda revelación. Ciertamente Pablo tenía la capacidad de descargar toda su batería de conocimiento, en cada palabra que escribía.

La gracia es absoluta e inclusiva respecto de nuestro ser, pero hay dimensiones que debemos entender. La gracia está sobre nuestra carne, porque Dios permite que nuestro cuerpo, aunque sea barro, porte un tesoro glorioso (**2 Corintios 4:7**). Esa gracia no evita nuestra muerte física, sino que se prolongará a través de un nuevo cuerpo glorificado y eterno.

La gracia está sobre nuestra alma, porque a pesar del egoísmo y de las debilidades de nuestro yo, somos

alcanzados por el proceso de redención. Es decir, la redención es un suceso consumado en la cruz del Calvario, pero hoy por hoy, nosotros caminamos en un proceso que podemos llamarlo, de redención permanente.

Recordemos que la redención es un concepto cuya raíz etimológica se encuentra en la palabra “*redemptio*”, un vocablo de la lengua latina que describe la acción y la consecuencia de redimir, de rescatar a alguien de determinado castigo o esclavitud. Eso fue concretado en la obra y pasión de Jesucristo, pero en nosotros es un proceso que se va produciendo a través de la iluminación.

Jesús dijo: “*Conocerás la verdad y la verdad los hará libres*” (**Juan 8:32**), esto quiere decir que nuestra libertad, siempre será proporcional a la verdad que se nos haya revelado. Considerando que ninguno de nosotros conoce toda la verdad, podemos decir que hay medidas de libertad en nuestra vida.

Por otra parte, la verdad no es conocimiento teológico, la verdad es Jesucristo (**Juan 14:6**), y nadie puede decir que conoce de manera absoluta a Jesucristo, porque ciertamente nos llevará toda una eternidad, y aun así, conoceremos solo un poquito más de Él. En otras palabras, nuestra libertad actual, no tiene comparación con lo que llegaremos a vivir eternamente.

De todas maneras, no hay dudas que hay una gran porción de Su gracia sobre nuestra alma, porque cada día el

Señor, a través de la Palabra impartida por Su Espíritu, nos revela un poco más de Él, y nos va liberando para gobierno.

Si deseamos vivir una verdadera vida de Reino, debemos comprender que los esclavos no gobiernan, y si lo hacen solo crearán ámbitos de mediocridad. La creación toda, espera ser libertada de la esclavitud de corrupción, a través de la libertad gloriosa de los hijos de Dios (**Romanos 8:21**), por eso es fundamental que procuremos avanzar en la Luz.

**Proverbios 4:18** dice que *“La senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día sea perfecto”*. En otras palabras, nuestro caminar con Cristo, nos va iluminando, nos va liberando y nos va perfeccionando en la libertad gloriosa de Su Reino. Eso debe afectar nuestros ámbitos y hasta lo último de la tierra. Esa es la expansión de la gracia.

Por otra parte, la gracia está sobre nuestro espíritu, que no ha sido redimido, sino renacido, y que debe ir madurando para alcanzar también esa libertad gloriosa. Pablo escribió a los gálatas: *“Entre tanto que el heredero es niño, en nada difiere del esclavo, aunque es señor de todo; sino que está bajo tutores y curadores hasta el tiempo señalado por el padre. Así también nosotros, cuando éramos niños, estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo...”* (**Gálata 4:1 al 3**).

Como vemos, en nuestro espíritu también hay medidas de libertad, y esa libertad, no está basada en el conocimiento,

sino en la madurez. Nuestro espíritu humano, está en plena comunión con el Espíritu de Dios. Logrando lo que Pablo dice ***“El que se une al Señor, un espíritu es con Él”*** (1 Corintios 6:17).

Esta comunión nos permite contener la verdad, porque Él es la verdad. Eso no implica que podamos entender todo. Lo que necesitamos es que se nos corra el velo de la revelación, para que nuestra alma, pueda ser informada de los diseños de Dios. Cada Palabra que se nos revela, es un poco más de Dios, que pasa de la dimensión del Espíritu a la dimensión de nuestro entendimiento.

Como vemos, la gracia está sobre nuestro cuerpo, sobre nuestra alma, y sobre nuestro espíritu. El motivo por el que Pablo menciona de manera especial a la gracia sobre nuestro espíritu, es porque desde ahí viene el manantial de vida que debe inundar todo nuestro ser, y expandirse a través de nosotros, a todo lugar.

***“Nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús...”***

Efesios 2:3 al 6

El diseño y la composición de nuestra carne son biológicamente admirable, pero aun así, es limitada porque morirá y es imperfecta, porque está en corrupción permanente. Nuestro espíritu humano también es una entidad compuesta, pero es una composición en el buen sentido. Jesucristo está en nuestro espíritu y ya es eterno. En **2 Timoteo 4:22** dice: *“El Señor esté con tu espíritu”*.

Podemos decir que el Señor está en nuestro espíritu, pero en nuestra vida diaria no lo aplicamos como deberíamos. Es como si alguien nos hubiera regalado un automóvil último modelo, y nosotros persistiéramos en viajar utilizando un pequeño burro. Sinceramente no estamos usufructuando el inagotable potencial que Dios nos ha confiado en Cristo.

Pablo dice que debemos ser hallados como administradores fieles (**1 Corintios 4:2**), y es lógico que nos advirtiera algo así, porque lo que Dios nos ha entregado es incalculable y glorioso. Aun así, no es comparable lo que Él ha preparado para nosotros en la eternidad (**1 Pedro 1:4**).

Muchos de nosotros hemos oído mensajes en cuanto al hecho de que Jesucristo está en nuestro espíritu. Quizá nos entusiasmamos con ello, pero en nuestra vida diaria, lo olvidamos. Somos como personas que andan en la penumbra y en las sombras de la vida, teniendo a disposición toda la luz del Sol de justicia.

No estamos acostumbrados a la comunión permanente con el Espíritu Santo, generalmente actuamos como si Dios estuviera lejos de nosotros y oramos, como si tuviéramos que elevar la voz al tercer cielo para ser escuchados. Muchas veces actuamos como si Dios no supiera lo que estamos viviendo, o como si Él no pudiera hacer nada para cambiar nuestra realidad.

Tenemos por entendida la doctrina de que el Señor está en nuestro espíritu, pero no practicamos de continuo esa realidad, porque no estamos habituados a consultarlo o recibir su percepción diariamente, más que nada porque no enseñaron a conectarnos con Él en oración, y entendemos la oración como un momento determinado en el cual dejamos todo para hablarle a Él. Eso es correcto, pero Pablo también enseñó que debemos vivir orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu (**Efesios 6:18**). Él no se estaba refiriendo a estar todo el día de rodillas o encerrados en una habitación, él hablaba de la vida en comunión con el Espíritu Santo, en todo tiempo y en todo lugar.

Para nosotros es muy normal, enfrentar la vida con nuestras propias fuerzas, ideas y recursos, pero no dimensionamos lo que significa vivir con Dios dentro de nosotros. Cuando no comprendemos esto, vivimos como cualquier persona sin Dios. La gran diferencia la provocamos cuando comprendemos y vivimos en la revelación de un Dios presente, que interviene y nos guía sabiamente en todo.

Reitero, puede que hayamos oído muchos mensajes acerca del espíritu humano en comunión con el Espíritu Santo, pero no siempre practicamos lo que hemos oído, porque no estamos acostumbrados a hacerlo de manera continua. Hace varios años ya, que predico el evangelio del Reino, y mi objetivo fundamental, en todas las enseñanzas, es la guianza del Espíritu, porque esa es Su autoridad manifiesta, y Su gobierno sobre nuestra vida.

Lo que debemos comprender, es que si nos dejamos gobernar por el Señor, entonces también obraremos en autoridad y será manifiesto Su poder en nosotros. Esto no es mística, tal como algunos pretenden, ni algo que podamos realizar a través de métodos. Simplemente es despertar la consciencia a la presencia de Dios en nosotros.

Practicar la presencia de Dios, requiere de un entendimiento claro, una revelación completa, de Su vida en nosotros. Dios no está buscando reformar nuestra moral para que nos portemos bien. Él desea que vivamos para Él y por Él, de manera que Sus valores y Su voluntad, sean ejecutadas en la tierra. Él quiere que estemos llenos de Su vida, y quiere llevarnos a Su plenitud (**Colosenses 2:9 y 10**).

Enseñanzas como estas, puede que ofendan a quienes fundamentan la fe en conceptos éticos y morales. Pero necesitamos comprender que las Escrituras revelan que Dios no desea ni reformar nuestra ética, ni profundizar nuestra moral. Lo que Él desea es que Su corazón esté en nuestro corazón y que podamos pensar con Su mente. Cuando Su

vida fluye a través de nosotros, es lógico que todo sea trastocado, pero el objetivo no es generarlo, sino simplemente vivir a Cristo con intensidad.

En **Juan 15** el Señor enseña que Él es la vid verdadera y que nosotros somos Sus pámpanos. La pregunta sería: ¿Dónde termina la vid y dónde comienzan los pámpanos? Es decir, Su idea es que estemos fundidos en Él. Cuando tocamos la rama de un árbol, no decimos “toqué la rama pero nunca toqué el árbol...” Eso es simplemente imposible. Cuando alguien nos toca una mano, no puede decir: “he tocado tu mano pero no te he tocado a ti...” Eso es imposible, porque yo y mi mano somos uno.

Este es el glorioso diseño de Dios, los pámpanos y la vid, son uno, por eso también dijo: ***“Separados de Mí nada podéis hacer...”*** Ante esto, alguien podría alegar que en realidad podemos amar, ayudar y hacer muchas obras, estando separados de Él, pero Jesús no se estaba refiriendo a poder o no hacer cosas, sino a poder hacer las cosas del Reino, lo cual es muy diferente.

Cuando vivimos en plena comunión con Dios y conscientes de Su presencia, todo lo que hagamos será trascendente. No me refiero a la realización de obras fantásticas, me refiero al hecho de que Dios se manifestará a través de nuestras vidas constantemente. No porque estemos predicando o hablando de Él, sino porque la unción permanece en nosotros, y aunque estemos estudiando o



trabajando normalmente, las personas percibirán algo diferente en nosotros.

Lamentablemente hoy en día, muchos cristianos se ven como tales en las reuniones, pero no en la vida diaria. Algunos trabajan rodeados de gente durante años y nadie sabe que son cristianos. Eso es muy triste, pero está ocurriendo hoy en día. Nosotros somos embajadores de Cristo, y debemos ser diferentes. La unción nos hace diferentes y esto debería notarse.

Si nos relacionamos con otras personas, en plena comunión con el Señor, sus vidas serán tocadas inevitablemente. Algunos se enojarán sin tener motivos y se sentirán molestos con nosotros, mientras que otros se volverán totalmente receptivos y nos buscarán para hablarnos abriendo su corazón. Eso es lo que ocurría con Jesús, había gente que lo amaba profundamente y otros lo odiaban con la misma intensidad.

Separados de Cristo no podemos hacer nada que sea reconocido por el Padre celestial y nada que pueda ser recibido por la gente como bendición. Como vemos, la vida cristiana no es un asunto de ética ni de moralidad. Si así fuera, algunas culturas del mundo no necesitarían la justificación ni la obra redentora de Cristo. Muchas personas pueden tener una educación y una formación moral muy buena, pero todos sin excepción necesitamos de Cristo, y eso es lo que nosotros podemos ofrecer.

Jesús les dijo a sus discípulos y a través de ellos a nosotros: ***“A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos”*** (Juan 20:23). Nosotros debemos reaccionar, nuestra misión en la tierra es verdaderamente trascendente, pero no puede ser hecha desde la buena voluntad, sino desde la unidad.

Para que esto ocurra con efectividad, debemos ser humildes con Dios, debemos buscar una profunda y permanente comunión con el Espíritu Santo, debemos tomar nuestra cruz para someter la carne y hacerlo todo bajo la autoridad y el poder del Señor. Luego debemos vivir con sencillez, pero ungidos, de manera tal que seamos de bendición para muchas personas.

Pero ¿Qué ocurre cuando no podemos hacer esto? ¿Qué pasa cuando procurando ser mejores personas para representar a Dios, o cuando deseamos estar ungidos y no lo logramos? ¿No será esto un buen deseo imposible de concretar, o que a pesar de nuestra buena voluntad no lo lograremos jamás? Bueno, este es el sincero problema de muchos hermanos, y tengo una respuesta para darles.

Quiero decirles que Dios mismo espera que no podamos. Esto puede sonar muy duro, pero es verdad. Nuestro problema no es querer hacer las cosas bien, sino el querer hacerlas con nuestras capacidades, sin la dependencia absoluta del Espíritu Santo. Eso no es posible, ni glorifica a Dios, pero nos abre la puerta para la dependencia.

Muchos cristianos de buena voluntad, se esfuerzan mucho, procuran estudiar la Biblia, ir a las reuniones, orar todos los días y servir a Dios en lo que puedan, pero aun así, no solo no se sienten efectivos, sino que tampoco se sienten plenos en la vida. La verdad es que lo están intentando de la manera incorrecta. El evangelio del Reino, no se puede vivir con nuestras fuerzas, no somos nosotros haciendo cosas para Dios, es Dios haciendo Su voluntad a través de nosotros.

La frustración de fallar continuamente, no debería producir otra cosa que volvernos a Dios con quebranto y humildad. Seguir intentando todo con nuestras fuerzas, puede ser nada más que orgullo religioso. Dios mismo espera que no podamos, para que roguemos por Su intervención. Él quiere hacerlo, pero no lo hará, si no nos rendimos voluntariamente ante Su poder.

Yo conocí a una hermana, que era muy voluntariosa y servicial. Ella participaba activamente de la obra, haciendo todo lo posible para Dios. Increíblemente, le ocurrían cosas inexplicablemente adversas. Yo era su pastor, y aunque ella no pedía explicaciones de sus males, yo me sentía con la obligación de darle algún motivo. Sinceramente, viéndola que hacía todo bien, y que le salía todo mal, deseaba darle alguna noble explicación, pero la verdad es que no la tenía.

Esta hermana, en lugar de frustrarse y renegar de la fe, se hacía cada vez más fuerte, y decía que todo lo hacía en el nombre del Señor. Sin embargo, un día sufrió una desgracia familiar muy difícil de sobrellevar. Ella se fue al fondo de su

casa y se largó a llorar amargamente. Nadie supo de ese quebranto, pero un tiempo después el Señor le habló.

Le dijo “Conozco tu corazón y sé, que haces todo para agradarme, pero ya no quiero que lo intentes con tus fuerzas. Él día que estabas en el fondo de tu casa, el día que dijiste: ¡No puedo más! Ese día que te alcanzó el quebranto, fuiste admirable en los cielos, porque es ahí, en esas dimensiones donde mi poder se puede manifestar por causa de tu debilidad...”

Esto me pareció tremendo, y entonces pude comprender, que muchas veces, cuando procuramos hacer todo bien, cuando nos hacemos fuertes en nosotros, para seguir adelante, para superar dificultades, o para vencer nuestras debilidades, Dios solo está esperando que fallemos y no lo hace porque quiere nuestro fracaso. Todo lo contrario, lo hace esperando que recurramos a Él, porque sin Él nada podemos hacer de manera efectiva.

El evangelio no debe ser una carga para nosotros, debe ser absolutamente disfrutable. Debemos gozarnos en la presencia del Señor. Yo comprendo que nos cuesta mucho dejar de hacer las cosas con nuestras fuerzas. Lo sé, porque yo lo he padecido muchas veces, y me he frustrado muchas veces. Pero creo que he crecido en la comprensión de la dependencia que necesitamos para vivir el Reino, y por eso me atrevo a enseñarlo.

Todavía lucho contra mi carne, y todavía me frustró, pero cuando reacciono, y me doy cuenta que soy yo, y no el Señor en mí, me arrepiento, le pido perdón y le ruego Su querer en mí y Su poder a mi favor. Solo entonces recibo paz, y logro ver, verdaderos resultados.

***“Por eso, con respeto y devoción a Dios, dedíquense a entender lo que significa ser salvado por Dios. Porque es Dios quien los motiva a hacer el bien, y quien los ayuda a practicarlo, y lo hace porque así lo quiere”.***

Filipenses 2:12 y 13 BLS



## Capitulo seis

# Como locos Pero bien cuerdos

*“David tuvo mucho miedo de que el rey Aquís fuera a hacerle daño. Entonces empezó a rasguñar los portones de la ciudad y a babear, como si estuviera loco. Aquís les reclamó a sus consejeros: ¿Para qué me trajeron a este loco? ¡Ya tengo en mi palacio suficientes locos, como para que me traigan otro loco más!”*

1 Samuel 21:12 al 15 BLS

En este pasaje, vemos a David haciéndose pasar por loco, para que los filisteos no descubrieran quién era, que no supieran de su verdadera condición, y para que no atentaran contra su vida. Sin dudas fue una situación forzosa y solo lo mencioné como un dato curioso, pero aquí quisiera analizar las consecuencias de una doble vida.

Después de que David venciera a Goliat, y ante la admiración de la gente, Saúl comenzó a celarlo, a ponerse violento contra él, y a perseguirlo con las peores intenciones. Entonces David, huyó de la presencia de Saúl, y se fue a

Aquis rey de Gat (**1 Samuel 21:10**). En realidad David pudo consultar la voluntad de Dios a través del efod, pero no lo hizo y se fue con los filisteos sin dirección divina. Dios le había prometido Su protección, y David lo reconoció claramente, sin embargo, cuando tuvo temor, creo que tomó una decisión apresurada.

Si David hubiese sido enviado por el Señor, por más hostil que hubiera sido el ambiente, David podría haber ingresado con la frente en alta y con absoluta protección de Dios. Sin embargo, se dejó llevar por las ideas de su propio corazón, y eso provocó ciertos riesgos. Por supuesto que Dios, a pesar de eso, lo guardó en todo momento.

La pregunta sería: ¿Por qué David se fue a esa tierra sabiendo que el gigante Goliat había sido de Gat? (**1 Samuel 17:4**). Bueno, se cree que David ha pensado que siendo perseguido por Saúl, y sabiendo que Saúl, era enemigo de Aquis rey de Gat, se pondría en una buena posición defensiva. Por otro lado, algunos historiadores creen que David, se vio acorralado territorialmente, que no le quedaba otra alternativa que pasar por la ciudad de Gat, y sin desearlo se encontró con Aquis. Consideran que en realidad David tomó esa decisión por simple temor a Saúl, y que no evaluó las consecuencias.

De hecho, los siervos de Aquis reconocieron a David y le preguntaron al rey: *“¿No es éste David, el rey de la tierra? ¿No es éste de quien cantaban en las danzas, diciendo: Hirió Saúl a sus miles, Y David a sus diez miles?”*

**(1 Samuel 21:11)**. Lo que dijeron de David los siervos de Aquis fue halagador y adulator, pero a la misma vez generaron un gran peligro para la seguridad de David.

Entonces vemos que “David puso en su corazón estas palabras, y tuvo gran temor de Aquis rey de Gat”. No era un temor cobarde, sino un obvio temor por causa de su seguridad. Esto lo hizo volverse a Dios con todo el corazón, de hecho, en esa ocasión escribió el Salmo 56:

***“Ten misericordia de mí, oh Dios, porque me devoraría el hombre; Me oprime combatiéndome cada día.  
Todo el día mis enemigos me pisotean;  
Porque muchos son los que pelean contra mí con soberbia...”*** (Versos 1 y 2)  
***“Se reúnen, se esconden,  
Miran atentamente mis pasos,  
Como quienes acechan a mi alma.***  
(Verso 6)

Pero a pesar de la situación, David, que sabía perfectamente quien era Dios, declaró en los versículos **3 y 4** su confianza en el Señor. Y es precisamente por esa confianza en Dios mismo que, en medio de persecuciones, traiciones y huidas, y a pesar de su angustia a causa de ello, exclamó: ***“En el día que temo, Yo en ti confío. En Dios alabaré su palabra; En Dios he confiado; no temeré; ¿Qué puede hacerme el hombre?”***



David clamaba a Dios, sabiendo que la ayuda divina le rescataría de cualquier amenaza hecha por el hombre. Apeló a la misericordia de Dios, no descansando en lo que él mismo pudiera o no merecer. Él había matado a Goliat, y había sido un victorioso capitán del ejército de Israel, sin embargo, no negó la presencia del temor, pero sabía qué hacer con ese miedo, por eso en el Salmo, proclamó audazmente su confianza en Dios.

Aun así, cambió su manera de comportarse delante de los filisteos, y se fingió loco entre ellos, y escribía en las portadas de las puertas, y dejaba correr la saliva por su barba (**1 Samuel 21:13**). Él fingió ser la persona que no era para proteger su vida. Se hizo pasar por loco, pero estaba absolutamente cuerdo.

De la misma forma, nosotros sabemos que estamos ungidos con el Espíritu del Señor, sabemos que Dios está con nosotros, y estamos obligados a estudiar, trabajar y desarrollar nuestras vidas en el sistema que nos rodea. La Biblia dice que el mundo entero está bajo el maligno (**1 Juan 5:19**), pero es ahí donde debemos desarrollar nuestra vida, y está bien que así se, la Iglesia es un diseño para penetrar el sistema, no para aislarnos de él.

Jesús oró al Padre diciendo: *“Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en tu*

*verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo...*” (Juan 17:14 al 18).

Aquí encontramos algunos principios fundamentales del Reino. En primer lugar, vemos que Jesús afirmó no ser del mundo, y es lógico, la Biblia lo presenta como al Creador increado, porque dice: *“Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”* (Juan 1:3). Esto implica que Él no puede venir del mundo, sino que el mundo llegó a ser por Él.

En el principio, Él no fue creado o hecho, porque Él es el principio mismo (Apocalipsis 1:8). Al respecto, Juan mismo escribió: *“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”* (Juan 1:1). Por su parte, el apóstol Pablo escribió: *“ÉL es antes de todas las cosas, y todas las cosas en Él subsisten”* (Colosenses 1:17).

Cristo no es del mundo, porque Él ya era, antes que el mundo fuera creado. Dios creó al hombre para ejercer Su gobierno en la tierra a través de Él. La caída sacó al hombre del Reino, pero no lo sacó de la tierra. Cristo encarnó en el niño nacido en Belén llamado Jesús. Él vino al mundo, pero no era del mundo. Él vino a redimir al hombre para devolverlo a Su Reino, al igual que toda la creación.

Él le dijo a Pilato: *“Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es*

***de aquí...***” (Juan 18:36). Lo que nosotros debemos asumir, es el segundo principio, que al ser regenerados en Él, nosotros tampoco somos de este mundo, porque tenemos Su esencia y ahora Su Reino es nuestro Reino.

En tercer lugar, como no somos del mundo, el mundo nos aborrece. No debemos sorprendernos de las hostilidades que debamos afrontar. Algunos hermanos piensan que al ser cristianos, somos buena gente, y por tal motivo, nadie debería aborrecernos, por el contrario, todos deberían amarnos. Eso es un gran error, o mejor dicho, una ignorancia espiritual.

Cristo fue crucificado, los apóstoles fueron asesinados, la iglesia del primer siglo fue perseguida, encarcelada y torturada, y en estos más de dos mil años, millones y millones de hermanos en el mundo, han padecido diferentes persecuciones. Por ejemplo, los historiadores dicen que tan solo en las diferentes inquisiciones, fueron asesinados más de cien millones de cristianos protestantes.

La historia de la Iglesia está impregnada de dolor y muerte. No debería extrañarnos en absoluto que Jesús haya orado por nosotros al Padre, diciéndole que el mundo nos aborrecería por Su causa. Juan escribió: ***“Hermanos, no os maravilléis si el mundo os odia...”*** (1 Juan 3:13), Por su parte, Pedro también escribió: ***“No os sorprendáis del fuego de prueba que en medio de vosotros ha venido para probaros, como si alguna cosa extraña os estuviera aconteciendo; antes bien, en la medida en que compartís los padecimientos de Cristo, regocijaos, para que también en la***

***revelación de su gloria os regocijéis con gran alegría...” (1 Pedro 4:12 Y 13).***

Aun así, Jesús le pidió al Padre que no nos quite del mundo. La Iglesia es inseparablemente humana y a la misma vez divina. Quienes somos parte de ella, vivimos y actuamos en el mundo, pero no somos del mundo, por eso nuestro fin y nuestra fuerza no están en la tierra, sino en el Reino de Dios. La Iglesia está en la tierra con propósito, y no deberíamos estar pensando en irnos, sino en consumir efectivamente nuestra tarea.

Por eso Jesús al orar al Padre dijo que así como Él había sido enviado al mundo, ahora nos tocaba a nosotros, y así como Él, no fue quitado sino por muerte, nosotros también debemos enfrentar toda adversidad, con tal de consumir nuestro propósito. Cristo fue enviado por el Padre, nosotros fuimos enviados por Cristo para ser sus embajadores.

Él nos ha dado Su vida, Su cuerpo, Su Espíritu y en Él, todas Sus virtudes, capacidades y poder. Además, le pidió al Padre que nos guarde de todo mal, lo cual tampoco significa que no tengamos problemas, o que no debemos pasar por ciertas aflicciones por causa de la fe. Hoy en día hay hermanos que se apartan del camino, por ciertos problemas personales que incluso, nada tienen que ver con el Reino.

El evangelio motivacional, no ha contribuido a la revelación de la fortaleza espiritual que debemos cultivar en

el Reino. Tener una doble vida, una natural y una espiritual, nos debe sostener en alerta, para no utilizar el evangelio, en pos de complacer al natural, en lugar de madurar al espiritual.

Cuando los maestros buscan la motivación, en lugar de procurar una impartición espiritual, brindando la posibilidad de la revelación, solo terminan dando un mensaje para el alma, pero no para el Nuevo Hombre. Jesús también dijo: ***“Yo les he dado tu palabra, tu palabra es verdad...”***

Si como hijos de Dios, no caminamos aferrados a la Palabra en este tiempo, no lograremos ser efectivos en la penetración del sistema. Lo primero que debe provocar la Palabra, es nuestra santificación, es decir, nuestro desarrollo espiritual para soportar toda hostilidad y en medio de ella, ser de bendición para muchas personas.

Gracias a Dios, no todos los cristianos vivimos en países en los cuales el evangelio está prohibido. En mi caso, vivo en un país en el que tenemos absoluta libertad para predicar y manifestar libremente nuestra fe. Sin embargo, la hostilidad vendrá igual. No por ser perseguidos o encarcelados, sino tan solo con rechazo, por ser portadores de la unción.

Bueno, lógicamente que los cristianos que no viven llenos del Espíritu Santo, no son rechazados por la unción, simplemente porque no se les nota. No dan frutos y no fluyen en sus dones espirituales. En algunos casos, ni parecieran ser

cristianos. Sienten, piensan, hablan y actúan como simples personas que dicen creer en Dios.

En concreto ¿Por qué podemos llegar a padecer rechazo u hostilidad? Bueno, ante todo debo aclarar que la gente no es consciente de esto, hay algo que les irrita de manera insoportable, pero ellos no comprenden los motivos. Esto se potencia en gran manera, cuando las personas que tratan con nosotros, están afectadas por espíritus inmundos.

El motivo es la unción, es la presencia de Dios, lo que produce aceptación y amor en muchos, a la vez que produce rechazo y odio en otros, tal como le ocurrió a Jesús. Por otra parte, lo que más les molesta es la luz producida por la Palabra predicada con unción.

Cuando alguien está en oscuridad durante años y de repente otro enciende la luz, lo primero que generará es molestia, y en muchos casos, rechazo absoluto. Incluso Jesús dijo: ***“No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa...”*** (Mateo 10:34 al 36).

Hay hermanos que piensan que al recibir la vida de Cristo, todos los problemas en su familia, se resolverán como por arte de magia, pero la verdad es que lejos están de la verdad. En una primera instancia, puede que ocurra todo lo

contrario, porque la unción y la luz, pueden producir en nuestra familia el efecto contrario.

Lógicamente, esto puede ser así durante un tiempo, por eso no debemos detenernos en nuestro avance espiritual. Si persistimos en la fe, a pesar de cualquier hostilidad, terminaremos alumbrando nuestro hogar, de manera que el Reino llegue a cubrirlo todo.

¿Qué debemos hacer mientras tanto? Bueno, volvamos al ejemplo de David. Somos ungidos, Dios está con nosotros para guardarnos, pero si debemos convivir en ambientes hostiles, nos encontraremos más de una vez, actuando como locos, pero siendo absolutamente cuerdos.

Pablo enseñó que para la gente natural, el evangelio es locura, porque ellos no pueden comprenderlo (**1 Corintios 1:18**). Por lo tanto, cuando nos escuchen hablar de Cristo, muchos nos subestimarán y pensarán que somos pobres crédulos, convencidos por algún perverso líder espiritual. Muchos pueden burlarse de nosotros o menospreciar nuestras palabras, pero debemos tener en claro, que lo mismo le ocurrió a Jesús con sus familiares. No debemos claudicar, lo importante es tener en claro nuestra cordura espiritual.

Esto no es fácil para muchos, porque al tener una doble naturaleza, nuestra propia mente suele gritarnos que lo que estamos haciendo es una locura. Es decir, no solo somos incomprendidos por nuestro entorno, sino que además, hay

algo dentro de nosotros que también nos grita que estamos locos.

Viviremos como locos para el mundo, pero cuerdos para Dios. De hecho, Él nos ama y nos salva por medio de la locura de la predicación (**1 Corintios 1:21**). Ese estado de aparente locura, pero impregnados en la sabiduría de Dios, puede llegar a causar mucho dolor en nosotros, pero es mejor vivir como sabios para Dios y como ignorantes para el mundo, que permanecer supuestamente sabios para la gente y necios ante el Señor.

Al final, la verdadera locura no es la nuestra, sino la de ellos. El Señor dijo a través de Pablo: *“Destruiré la sabiduría de los sabios, Y desecharé el entendimiento de los entendidos. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?”* (1Corintios 1:19 y 20).

Hoy en día, cada vez más gente va al psicólogo. La confusión y los conflictos de la vida, están produciendo una gran desorientación en las personas. Hay conflictos, complejos, dolores y malestar, porque así son las tinieblas y lo que producen las injusticias de la vida.

Una persona loca es alguien falto de juicio, y eso no es lo que padecemos nosotros, sino el mundo. Nosotros vivimos en justicia, en paz y en gozo del Espíritu Santo, porque así es la vida del Reino (**Romanos 14:17**). Esta es la única verdad,



todo lo demás son razones. Por lo tanto, es probable que en muchas ocasiones parezcamos locos para el mundo, pero seremos cuerdos para Dios.

Al final, y después de la locura fingida, David terminó gobernando y el pueblo que se burló de él, terminó bajo su gobierno. Así es el Reino de Dios, alguien pudo golpear a Jesús, y aun crucificarlo, pero al final, terminó sentado en el trono de justicia, reinando sobre toda la creación. Alguien pudo apresar a un Pablo, o aun cortarle la cabeza, pero lo único que lo alcanzó, fue una corona de justicia para reinar con Cristo.

Puede que nosotros recibamos algún desprecio, alguna burla, y algún rechazo, pero no debemos olvidar que al final, solo somos más que vencedores (**Romanos 8:37**). Además Jesús dijo claramente:

***“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros”.***

Mateo 5:10 al 12



## Capítulo siete

# Un enemigo escondido

*“Pues desconociendo la justicia de Dios y procurando establecer la suya propia, no se sometieron a la justicia de Dios”.*

Romanos 10:3

En la Iglesia, lidiamos con un enemigo silencioso, que parece agazapado y ciertamente es muy destructivo, su nombre es “Hipocresía”. La definición de la palabra hipocresía dice que es el acto en que un individuo se comporta de forma contraria a los valores sostenidos por el mismo individuo, o de actuar en consonancia a principios que al mismo tiempo se critican. En otras palabras, es declarar una cosa, pero actuar de manera contraria.

En el capítulo **23** de **Mateo**, Jesús llamó a los religiosos hipócritas en ocho ocasiones, cinco veces los llamó ciegos y dos veces serpientes y víboras. En **Juan 8:44**, les dijo que eran hijos del diablo. Jesús fue muy duro con los religiosos, Él nunca habló duramente o con desprecio a un pecador, pero sí lo hizo con los religiosos, de hecho los

enfrentó con un azote de cuerdas, y le derribó la mesa de las negociaciones a los cambistas (**Juan 2:15**).

La persona hipócrita siempre manifiesta una doble vida, y quienes vivimos por la fe, debemos tener mucho cuidado de no caer en esa trampa. Esto suele ocurrir, cuando en lugar de madurar espiritualmente, y manifestar la vida de Reino en las capacidades de Cristo, procuramos discipular a nuestro “yo”, educándolo para que haga la voluntad de Dios.

Es cierto que todos debemos de ser obedientes, pero ahí tenemos una línea muy fina, que no debemos atravesar, ya que esto se puede lograr en el poder de Dios, o con nuestras propias fuerzas. Aunque esto sea difícil de detectar, la diferencia es muy grande, porque la vida espiritual, en plena comunión con Dios, recibe la impartición de Su vida, Su luz y Su poder, para querer y para hacer Su voluntad.

En cambio, la vida natural, puede ser instruida en teología, intimidada y manipulada para la obediencia, y aun puede que desde su propia consciencia procure obedecer. El problema es que en realidad no lo desea, sino que se sacrifica porque cree que Dios se lo demanda y entre el temor y el amor, solo intenta cumplir con su deber.

Quienes actúan de esa manera, no es extraño que fallen obscenamente, pero en otros casos, logran mantener lo que ellos consideran como su “fidelidad”. El problema es que nunca llegan a ser felices. No conocen el gozo del Espíritu,

porque todo lo hacen desde la imposición y la disciplina religiosa, pero no desde la vida del Espíritu.

Un estudio reciente realizado entre jóvenes estudiantes, reveló que el ochenta y cinco por ciento de los encuestados, jóvenes cuyas edades iban entre los dieciséis a los veintinueve años, expresaron que consideraban a los cristianos como hipócritas. Yo comprendo que la mayoría de esos jóvenes opinan desde una percepción externa y desde la falta de conocimiento verdadero, pero creo que igualmente deberíamos preguntarnos por los motivos.

En realidad, la hipocresía es una cuestión simplemente humana, no se limita a una religión, a una raza, o a un género sexual. Espiritualmente la vemos en el pueblo de Israel, y la seguimos viendo en la Iglesia. Desde que el hombre es hombre, la hipocresía ha sido parte de su esencia. Sin embargo, en el Nuevo Hombre no existe la hipocresía, ni hay lugar para ella, por eso el Señor demanda humildad.

***“Revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, Y da gracia a los humildes...”***

1 Pedro 5:5

No se puede vivir en Cristo, ni procurar su plenitud siendo hipócritas. La humildad es lo único que nos puede mantener bajo el gobierno del Espíritu Santo. Todos los cristianos en algún punto, hemos visto actitudes hipócritas dentro de la Iglesia, y por supuesto, no estoy excluyendo al liderazgo.

La mayoría de nosotros puede resaltar un sinnúmero de ejemplos de incoherencias similares en la sociedad: El líder político que vive como un millonario mientras que el pueblo vive en terribles índices de pobreza. El que habla de moralidad y tiene una doble familia, el que critica duramente a los ladrones, pero que también roba con sus negociados, el que dice amar a ciertas personas, pero luego habla mal de ellas, y muchos otros ejemplos como estos.

Ante este panorama ¿Es de extrañar que algunos cristianos pudieran caer en hipocresía? Bueno, esto no debería ocurrir, porque un verdadero cristiano, es alguien que ha sido regenerado y en su nueva vida, que es el Espíritu de Cristo en él y él en el cuerpo de Cristo, debe convertirse en una persona honesta, íntegra y santa.

Ahora bien, en la Iglesia pueden pasar dos cosas que produzcan hipócritas. En primer lugar, que haya gente solo convencida de su fe y que practique la religión. Esas personas, acceden a la Iglesia para sentirse mejor, o para recibir ayuda sobrenatural, y lo hacen como cualquier otra persona, accediendo a una religión diferente como los mormones, los testigos de Jehová, budistas, hinduistas, etc.

Esta gente no comprende que la verdadera Iglesia de Cristo nada tiene que ver con una religión. No comprenden que la Iglesia no es una organización religiosa, sino un organismo vivo. No comprenden la regeneración, ni reciben revelación alguna, solo practican el culto, y las liturgias

cristianas, tal como cualquier otra persona tiene la convicción de realizar ciertas prácticas religiosas.

Por ejemplo, un testigo de Jehová, es una persona convencida de la enseñanza que recibe. Puede congregarse, cantar a Dios, orar, ofrendar y predicar casa por casa, pero en realidad ni es renacido, ni tiene al Espíritu Santo morando en él. Esta gente, hace todo desde una honesta convicción mental, o desde el temor que le infundan sus líderes, pero al final, no practican su fe con pasión espiritual, porque no pueden hacer tal cosa.

Si trasladáramos a un testigo de Jehová, y lo metiéramos en una congregación cristiana, tal vez nadie se daría cuenta que no es una persona renacida, porque lo verían congregarse, cantar, orar, ofrendar, predicar y tener incluso, una gran preparación teológica, pero convengamos que si no hay vida espiritual, no habrá en él, fruto del Espíritu.

Esta gente, no sería más que un hipócrita convencido de su honestidad. Es decir, el religioso se esfuerza mucho en vivir de manera correcta, él no cree que hace nada falsamente, puede jurar que está convencido y es verdad, no está mintiendo. Está honestamente convencido, pero no está viviendo el verdadero evangelio del Reino, que no viene por convicción, sino por conversión soberana.

En la época de Jesús, había religiosos absolutamente convencidos de sus prácticas y de sus conocimientos, pero como le dijo Jesús a Nicodemo, era y es necesario para toda

persona nacer de nuevo para ver y para entrar a una vida de Reino (**Juan 3:3 al 5**).

Por esa forma de vivir la fe, el Señor los trató de hipócritas, porque los religiosos pueden no ser conscientes de la hipocresía, pero hacen todo desde la motivación falsa he incorrecta de un alma no redimida. La vida del Reino, no puede ser vivida por quienes quieren, sino por quienes son alcanzados por la gracia y reciben la vida de Cristo. Solo en Él se puede recibir redención y vida espiritual.

No se puede vivir el Reino sin la vida de Dios. Se puede practicar una religión. Alguien se puede congregarse, pero no ser parte del cuerpo de Cristo, puede orar, pero no hablar con el Padre, puede cantar u ofrendar, pero no puede adorar, porque como hemos visto, carece del organismo capaz de realizar dichas cosas.

Una de las características de los religiosos, es que suelen esforzarse mucho para vivir lo que creen que Dios les exige, por tal motivo no solo no tienen gozo, sino que realizan una especie de sacrificio, que los hace pensar que son merecedores del bien y la misericordia. Estas personas se vuelven juzgadoras de los demás, y son de condenar fácilmente a otros, porque no comprenden la gracia.

Esta gente no cree que la gracia otorga todo, ellos creen que Cristo hizo su parte, pero todo lo demás lo tienen que hacer ellos, por lo tanto, creen que son socios de Dios respecto de su salvación. Ellos pagan el precio, y cuanto más

caro pagan, más derechos creen que tienen. No comprenden que Dios no acepta nada que provenga de nosotros, ni de nuestra vieja naturaleza de pecado. El Padre solo acepta lo que proviene de Cristo.

Si al congregarnos, no manifestamos a Cristo, no sirve. Si al cantar o dar, no es glorificado Cristo, no sirve. Si al leer la Palabra, no recibimos la luz de Cristo, no sirve. Nada es productivo fuera de Cristo. El evangelio se vive en Cristo y por Cristo, no hay nada fuera de Él, y no hay nada en nosotros que sea agradable al Padre, excepto Cristo.

Cuando alguien no comprende esto, puede volverse como un pecador educado, en lugar de un santo renacido. El problema de ser un pecador educado, es que el pecador, desea pecar. Como es educado, sabe que no debe, sabe que no puede y tratará de controlarse, pero en realidad, es lo que desea. Eso es un hipócrita.

Un verdadero hijo de Dios, tiene al Espíritu Santo morando en su interior. Es alguien cuyo corazón es regenerado, no desea pecar, no piensa pecaminosamente. Si algo así le surge, lo detecta y él mismo lo rechaza, porque lo identifica con lo que ya no es. Ahora es honesto en su deseo de vivir conforme a la voluntad de Dios, y se goza en la santidad verdadera. Puede que en algunas ocasiones, luche con una tentación, pero no desea ofender a Dios y descubre al enemigo que lo habita en la carne.



Cuando enseño, suelo dar un ejemplo personal, porque yo fui un pecador, que había escuchado la historia de Jesús, pero no había recibido Su gracia. Creía en Dios a mi manera, pero no lo conocía, no tenía vida espiritual, estaba muerto en mis delitos y pecados. No había forma de controlar algunos deseos, y tampoco lo intentaba, porque ni siquiera veía mal algunas cosas que hacía en acuerdo con otras personas.

Cuando recibí la vida de Cristo, mi corazón cambió, mis gustos cambiaron, mis deseos cambiaron. Ya no quería hacer ciertas cosas, y algunas me parecían sinceramente horribles. Cada día estaba deseoso de agarrar la Biblia y disfrutarla, cada día deseaba orar, ir a las reuniones, cantar a Dios, etc. Nada de eso me fue impuesto, yo simplemente deseaba hacerlo de manera apasionada.

Una parte de mí, llegaba a pensar que estaba volviéndome loco, incluso me preguntaba: ¿Qué estoy haciendo con mi vida? ¿Por qué me siento así? ¿Qué estoy haciendo acá en la Iglesia? La otra parte de mí, estaba llena de luz, llena de buenos deseos. Era criticado por amigos, incomprendido por mi entorno, y despreciado por algunos, pero yo me sentía incomprensiblemente feliz con lo que estaba viviendo.

Desde entonces y hasta hoy en día, esa pasión no ha desaparecido. Todavía me pregunto cada tanto ¿Por qué lo hago? ¿Por qué vivo y enseño algo que racionalmente parece absurdo? El problema es que no nos hacemos ciertas preguntas, pero la Biblia está llena de historias que una

persona inteligente, culta, y racional, puede ver como simple locura ¿Y saben qué? ¡Tienen absoluta razón! Para ser un verdadero cristiano, debe haber en nuestro interior un inquisidor que pretenda llevarnos a la razón, y un renacido que se goza en la locura de la fe y el evangelio del Reino.

Esa es la doble vida. Algunos comienzan a escuchar demasiado a su mente carnal y comienzan a cuestionar todo con intensidad, de manera que suelen inclinarse en esa dirección. Se vuelven cristianos tibios, que pueden haber sido regenerados, pero no tienen una profunda comunión con el Espíritu Santo, por lo tanto no se impregnan de Él, de Su vida, de Sus deseos, y comienzan a vivir como cristianos convencidos. Dejan de disfrutar a Cristo, puede que sigan haciendo lo que creen que les demanda la fe, pero poco a poco, se vuelven unos hipócritas.

Hay un enemigo agazapado dentro de nosotros, está escondido y no es el diablo. Es nuestra vieja naturaleza que añora el gobierno que tuvo y pretende volver a reinar. Amados, no podemos tenerle misericordia a esa naturaleza. Cristo la llevó a la cruz, y no fue para complacerla, sino para matarla y que en Él, podamos vivir una vida nueva (**Romanos 6:4**).

Ambas naturalezas existen en nosotros simultáneamente. Por tanto, el conflicto es constante. Esto es similar a cuando Esaú y Jacob estaban en el vientre de Rebeca. Cada uno era diametralmente opuesto al otro, y pugaban entre sí aun dentro del vientre de su madre. Cuando

el Hijo de Dios estuvo en la tierra, todas las potencias terrenales confabulaban para matarlo. Asimismo, mientras el Hijo de Dios viva en nuestro corazón como nuestra nueva vida, todos nuestros deseos carnales pugnarán por disputar Su gobierno.

Reitero esto, porque es la clave de esta enseñanza: La vieja naturaleza es nacida de la carne. Así que, en ella no mora el bien (**Romanos 7:18**). Por su parte, la nueva naturaleza procede de Dios, y por tanto no desea pecar (**1 Juan 3:9**). La nueva naturaleza y la vieja naturaleza difieren por completo y luchan en nuestro interior. La Sangre de Cristo nos ha limpiado de todo pecado, pero es la revelación de la cruz, lo que puede vencer al pecador.

La vieja naturaleza es la carne, y los que están en la carne no pueden agradar a Dios (**Romanos 8:8**). La nueva naturaleza es espiritual y Dios es Espíritu, por lo tanto, los que deseamos adorarlo, es necesario que le adoremos desde esa naturaleza (**Juan 4:23**).

Esto es imposible de comprender, si no se ha recibido la vida nueva. La vieja naturaleza solo es puesta en evidencia, cuando llega la verdad que ampara la vida de Cristo en nosotros. La razón nunca comprende estas cosas, y lo peor que nos puede pasar en la Iglesia, es tener líderes que llegaron a posicionarse como tal, sin haber recibido primero la vida.

En contraste con la nueva naturaleza, resulta evidente que la vieja naturaleza está viciada, es maligna, y puede ser

influenciada de manera demoníaca. La nueva naturaleza, por su parte, es santa, celestial y divina. Ambas se oponen y están dentro de nosotros, esto genera conflictos que deben ser resueltos con el poder del Espíritu. Estas naturalezas no deben mezclarse, ni lograr una amigable convivencia, sino que se requiere en nuestra experiencia, que esta vieja naturaleza sea despojada de todo su gobierno.

La vieja naturaleza, no debe ser como los espinos que ahogan el crecimiento de la verdadera vida. Debido a que ambas naturalezas se oponen entre sí, cuando viene la tentación, debemos estar firmes, porque experimentaremos duros conflictos que pueden causarnos mucho mal. Si permitimos que la vieja naturaleza se haga fuerte, en lugar de fortalecer la vida espiritual, seremos absorbidos por el mal, haciendo aquello que estando bien no deseábamos hacer, y dejaremos de hacer, lo que hacíamos con verdadera pasión.

Todos los verdaderos hijos de Dios, padecemos estos conflictos internos, y es necesario que eso ocurra. De hecho, es la evidencia de haber sido regenerados. Hay una doble vida en nosotros y hasta que venga lo perfecto, debemos absorber con la luz, lo que proviene de las tinieblas, con el bien, lo que procede del mal, lo que es de Cristo, con lo que es simplemente nuestro.

Hay una metáfora que escuché en la Iglesia muchas veces y en verdad, nunca pude comprobar fehacientemente quién es su autor, pero dice que la vida del cristiano, es como si dentro de nosotros tuviéramos un perro blanco y un perro

negro. Estos perros se pelean constantemente entre sí, y que el ganador de ellos es el que nosotros alimentemos más. Si alimentamos nuestro espíritu seremos gobernados por la verdad y la vida, pero si alimentamos más la carne, solo terminaremos siendo simples carnales.

El apóstol Pablo escribió: ***“Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis” (Gálatas 5:17).*** ¿Cuál es la naturaleza que ganará en nuestras vidas, la carne o el espíritu? Es cierto que tenemos asegurada nuestra salvación, porque no la generamos por nuestros méritos sino por la obra de Cristo en la cruz, pero la cuestión es: ¿Dejaremos atrás nuestra vieja vida de pecado para vivir la plenitud de Cristo? Espero que sí, porque tenemos de parte de Dios, todo lo que necesitamos para lograrlo.

***“Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el  
Espíritu...”***

Gálatas 5:25

Deberíamos ver esta situación tal como Pablo mismo la explica unos versículos antes. ***“Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud” (Gálatas 5:1).*** Esto lo está diciendo Pablo, porque algunos estaban tratando de volver a los preceptos que la ley de Moisés establecía y ponían sobre sí mismos, y sobre otros, cargas muy pesadas que realmente

Cristo no los había llamado a llevar, y que lo único que harían es mantener el perverso sentido de justicia propia.

Algunos llegan a creer, que si vencen o no, depende de si son capaces de enfrentarse a su naturaleza pecaminosa, la cual es la carne. La operación del Espíritu Santo, en la obra consumada de Cristo en la cruz, conforma la única manera en la que podemos vencer la naturaleza pecaminosa. La obra consumada como suceso, y los procesos de la sangre y de la cruz en nuestras vidas, son la única manera de alcanzar la victoria. Aparte de esta revelación, cualquier resolución humana, voto o determinación, está destinada al fracaso.

¿Cómo conseguimos experimentar ese proceso en nuestras vidas? Bueno, debemos hacerlo por medio de la fe. **Romanos 6:11** dice: *“Así también vosotros, consideraos muertos al pecado”*. Cuando Pablo menciona el pecado, se está refiriendo a nuestra naturaleza pecaminosa, la cual es nuestra carne.

Dijimos que no debemos pretender realizar esto por nosotros mismos o con nuestras propias fuerzas. La única manera de lograrlo es considerarnos muertos conforme a la verdad. Pero para considerarnos muertos, debemos ejercitar nuestra voluntad y nuestra fe. Esto implica la dependencia absoluta del Espíritu Santo. Debemos creer que la Palabra de Dios es absoluta verdad, de eso se trata el evangelio. Dios afirma que nuestra carne fue crucificada juntamente con el Señor Jesús, por tanto, debemos creer firmemente que nuestra carne ha sido verdaderamente crucificada. Por un

lado, tenemos fe en que estamos muertos, por otro lado, adoptamos una actitud de negación a nosotros mismos. Si hacemos esto, tendremos la genuina experiencia de morir al pecado.

Si somos honestos y humildes ante Dios, si reconocemos nuestro pecado y nuestras debilidades, si nos reconocemos incapaces de hacer lo que nos demanda, y le rogamos que gobierne sobre todo nuestro ser, haciendo Él, lo que es agradable delante de Él, por medio del Espíritu Santo, en la persona de Cristo, veremos cómo la cruz nos libera y cómo la carne pierde su poder (**Hebreos 13:20 y 21**).

Si todos los hermanos, en lugar de intentar con sus fuerzas, simplemente se rindieran ante Dios, disfrutarían el evangelio y se gozarían ante el poder manifiesto del Señor. Si en lugar de auto imponerse pesadas cargas, entregaran toda carga al Señor, se sorprenderían cuan grato y liviano es su yugo. ¡Ciertamente hallarían verdadero descanso para el alma! (**Mateo 11:29**).

*“despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar”*

Hebreos 12:1 al 3

## Capítulo ocho

# Viviendo el Reino

*“Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne”.*

Gálatas 5:16

Hemos visto que dos naturalezas surgen en nuestro ser. Una es la llamada natural, pecaminosa, carnal, o almática, la cual es la naturaleza que nos identifica con el primer Adán, y la otra es la vida espiritual, el nuevo hombre, cuya naturaleza es la de Cristo. Obviamente esto genera conflictos en tres áreas fundamentales de nuestra vida, En el plano espiritual, con el enfrentamiento de la Luz con las tinieblas. En el plano natural, con la convivencia entre personas, y en nuestro interior, entre los viejos pensamientos y los nuevos conceptos del Reino.

Nosotros ya hemos sido regenerados. Ahora, coexistimos con dos naturalezas y eso nos vuelve como barro con un tesoro dentro. Nos sabemos ricos, pero a veces nos sentimos pobres. Nos vuelve como una fuente de la cual solo debe surgir agua de vida, y de pronto hayamos que suele surgirnos agua amarga. Nos vuelve como árboles de buen



fruto, que a veces nos sorprende dando algún fruto malo. Inevitablemente estas dos naturalezas son causa de innumerables conflictos en nuestro interior, y resolver este conflicto es el gran desafío espiritual.

Por tal motivo, en este libro, como en ninguno de mis otros libros, he repetido una y otra vez los principios de vida espiritual, que pueden ayudarnos. Yo sé que algunos lectores tal vez sintieron estar leyendo, páginas repetidas, pero esto ha sido producido con un motivo fundamental: “La repetición es la clave principal de la enseñanza, y es muy importante que comprendamos estas cosas”.

Estar con los pies en la tierra y el corazón en el Reino, no es fácil. Abajo podemos ser débiles, pero arriba somos absolutamente fuertes, abajo podemos estar presos, pero arriba somos verdaderamente libres, abajo podemos estar atribulados en todo, pero arriba somos más que vencedores. Nuestra mente debe elaborar pensamientos de arriba, a la vez que debemos deshacernos de los pensamientos de abajo.

***“Ya no vivan como vive todo el mundo. Al contrario, cambien de manera de ser y de pensar. Así podrán saber qué es lo que Dios quiere, es decir, todo lo que es bueno, agradable y perfecto”.***

Romanos 12:2 BLS

Nosotros podemos ir a Jerusalén y recorrer sus polvorientas calles, podemos sacarnos fotos y disfrutar de los lugares que transitó Jesús, o la Iglesia del primer siglo, pero

en realidad, nosotros somos de la Jerusalén de arriba y no de la de abajo (**Gálatas 4:26**). Nosotros tenemos una ciudadanía terrenal que nos identifica, pero esa identidad es limitada, y nos aporta pequeños beneficios. La verdad es que somos principalmente ciudadanos del Reino (**Filipenses 3:20**).

Creo que en la Iglesia, hemos desperdiciado demasiado tiempo enseñando al de abajo. Hemos tratado de enseñarle al hombre natural, como triunfar en la vida, cuando en realidad debemos revelar al de arriba su victoria. Las metas que persigue el de abajo son las mismas que las de los impíos, pero el de arriba, tiene sus ojos en el galardón eterno. El de abajo siempre tendrá que enfrentar derrotas, pero el de arriba, a pesar de cualquier situación, siempre será más que vencedor (**Romanos 8:37**).

Si vivimos más enfocados en los problemas de abajo, que en las resoluciones del Reino, viviremos llenos de frustraciones y fracasos. Jesús abajo fue un carpintero, pero arriba el Rey de reyes. Abajo Él podía fabricar una puerta, una mesa, o una silla, pero arriba es quién gobierna el universo. De hecho, cuando los religiosos lo veían abajo, lo consideraron un demonio, o el hijo de Satanás, pero en realidad era el Santo y verdadero Hijo de Dios. Todo depende de quién lo observara, y con qué entendimiento lo hiciera.

Si hubiéramos vivido en la época de Pedro, y llegáramos a conocerlo en persona, tal vez le podíamos comprar un pescado, porque para muchos, solo fue un pescador, pero si alguien lo veía desde la revelación del

Reino, Pedro no era un pescador, sino un apóstol. Todo depende desde donde lo pudiéramos observar.

Si conocíamos a Pablo, tal vez le podíamos encargar que nos hiciera una tienda, porque fabricaba algunas para vivir, pero eso hubiera sido un desperdicio, porque en el Reino, Pablo fue un apóstol, poseedor de extraordinarias revelaciones del Reino. Abajo era muy débil, pero arriba era muy fuerte, abajo estuvo preso, pero arriba siempre fue libre. Todo depende en donde pudiéramos verlo.

De la misma forma, podría ilustrar con la vida de todo santo, despreciado abajo y valorado arriba, pero la idea, solo es despertar nuestro entendimiento. Es que podamos vernos como Dios nos ve y no como nos ve el mundo. Eso es lo más importante para vivir efectivamente el Reino, saber quiénes somos en Cristo y vivir por ello.

Nosotros estamos abajo, y tal vez tengamos algún trabajo que no sea el que más nos gusta, tal vez no vivamos en el mejor vecindario, ni en la casa más bonita, tal vez no tengamos muchos recursos, ni mucha belleza física, pero Dios no nos identifica por eso. El mundo puede que sí, nuestro entorno puede que sí, la mayoría puede vernos abajo, pero en realidad, para Dios, nosotros estamos sentados en lugares celestiales en Cristo (**Efesios 2:6**).

Abajo tal vez podamos ser comerciantes, mecánicos, albañiles, o pintores, pero en el Reino, somos reyes y sacerdotes para Dios (**Apocalipsis 1:5 y 6**). La gente puede

que nos subestime, que nos menosprecien o nos maltraten, pero eso no es algo extraño en el sistema que vivimos. Lo importante es que nosotros no creamos esas mentiras, sino que podamos vivir por la verdad.

Uno de los primeros libros que escribí se tituló “Adoración, la honra de los despreciados”, es un libro pequeño, pero muy estimado para mí. En él, recuerdo lo que me implicó descubrir mi verdadero valor. Antes de conocer al Señor, yo creía que no valía nada, por eso intenté quitarme la vida. Nadie tira a la basura, algo que considera de valor.

Yo me sentí despreciado, lo que implica ser alguien de poco precio, y me lo creí. Por eso casi me tiré a la basura, porque llegué a creer que no valía nada. Sin embargo, cuando fui alcanzado por la gracia del Señor, comprendí que para Él, yo valía más que todo el oro del mundo. Qué error fatal el mío... Qué error fatal, el de tantas personas que creen no valer nada, porque abajo, el sistema les ha hecho creer que son seres sin importancia. Sin embargo, la verdad es que Cristo murió por nosotros, porque consideró que valemos el precio de Su vida.

Es una honra para gente despreciada por el mundo, saberse apreciada por el mismo Dios. No debemos permitir que el diablo nos diga a través de la personas, lo poco o lo mucho que valemos. Debemos escuchar a Dios, solo a Dios, porque Él es el único que nos dice la verdad. ¡La pura verdad!

*“...Yo te amo; tú vales mucho para mí. Para salvarte la vida y para que fueras mi pueblo, tuve que pagar un alto precio, para poder llamarte mi pueblo...”*

Isaías 43:3 BLS

Las dos naturalezas que portamos, son la clave para comprender el enigma de una vida en constantes luchas. El hecho de que experimentemos conflictos internos y sentimientos de culpa, comprueba que hemos sido regenerados. Si no sufriéramos conflictos, sería muy preocupante. Es lógico que ocurra así, solo debemos resolverlos correctamente.

Cuando no hay regeneración, no hay lucha entre el viejo hombre, del cual debemos despojarnos (**Efesios 4:22**), y la nueva naturaleza que tenemos en Cristo Jesús. Reitero, las personas pueden tener conflictos morales, éticos, sentimentales, o mentales, pero no están vinculados a una vida superior. Todo en ellos, queda en el plano terrenal.

Nosotros no vamos al psicólogo porque no nos entendería. Nuestros conflictos a resolver, están vinculados al Nuevo Hombre, si resolvemos eso tendremos toda la claridad necesaria para resolver todo lo demás. Nosotros no deberíamos echar mano a las herramientas de abajo, porque tenemos los principios del Reino, que son absolutamente efectivos.

Hoy en día, hay hermanos que son criticados y sin importar quién haya dicho algo sobre ellos, se sienten

automáticamente ofendidos. Estamos sonando en una frecuencia tan baja, que nuestro corazón se ensucia con estupideces. El Señor dijo: **“Dame, hijo mío, tu corazón, y miren tus ojos por mis caminos” (Proverbios 23:26)**. Eso parece no estar sucediendo.

Es fácil para muchos hermanos, decir que aman al Señor, y que sus corazones les pertenecen a Él, pero en la vida diaria, se enredan tanto en cuestiones absurdas, que no hay lugar para Él en sus sentimientos. Es fácil para muchos, decir que creen en la Palabra de Dios, pero a la hora de mirar sus caminos, van al culto, oran, o sirven a Dios, solo si tienen algo de tiempo libre.

Si la Iglesia pretende ser efectiva abajo, debe tener su corazón arriba. Jesús fue claro: **“Mi Reino no es de este mundo...”** Nosotros deberíamos aprender de Él. Hay muchos tutoriales en YouTube, sobre como tener éxito en la vida, pero si queremos verdaderos resultados, debemos volvernos a la Palabra de Dios.

El apóstol Pablo nos ha enseñado sobre el conflicto que existe entre la nueva y la vieja naturaleza. Lo hemos visto valerse de su propia experiencia, para describir vívidamente la clase de vida que llevamos al estar inmersos en tal conflicto (**Romanos 7 y 8**). Si bien la nueva naturaleza quiere hacer la voluntad de Dios y aborrece el pecado, la vieja naturaleza es demasiado fuerte durante la inmadurez o la tibieza espiritual, y muchas veces termina pecando.

Pero aferrémonos a la gracia, porque el Nuevo Hombre en quién hemos sido bautizados, no puede pecar, por eso Pablo dijo: **“De manera que ya no soy yo quien obra aquello, sino el pecado que mora en mí” (Romanos 7:17)**. El primer sujeto en el que se posiciona Pablo, corresponde a la nueva naturaleza, mientras que “el pecado” es otro nombre dado a la vieja naturaleza. Por tanto, este versículo significa que quien peca no es la vida en el Nuevo Hombre, sino la naturaleza pecaminosa que aún nos habita.

Por supuesto, esto no nos exime de la responsabilidad de despojarnos de esa vieja naturaleza (**Efesios 4:22**). De hecho el Señor no dice **“Te despojaré...”** sino que dice: **“Despojaos...”** Es nuestra tarea y nuestra responsabilidad, pero como he tratado de explicar en este libro. La clave está en no intentarlo con nuestras fuerzas o capacidades, sino en la autoridad y el poder del Espíritu Santo.

Pablo también describe las contradicciones que existen entre la naturaleza pecaminosa y la vida espiritual, como la experiencia que debe enfrentar todo cristiano. Todos deseamos ser como Cristo, pero hayamos que somos incapaces de resolver aun pequeños problemas emocionales. Nuestro ego nos golpea duramente con una cruel realidad de que el pecado mora en el “yo”.

Cuando algunas tentaciones vienen, cierto poder que Pablo denomina como una “ley”, ataca nuestro anhelo de santidad. Como resultado de ello, pensamos lo que no debemos, hablamos lo que no debemos y hacemos lo que no

deberíamos hacer. A pesar de tantas resoluciones y promesas hechas al Señor, somos incapaces de evitar que tal poder se filtre en nuestras vidas, y vez tras vez, nos deja en evidencia.

***“Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis”***

Gálatas 5:17

No deberíamos explicar los caprichos de la carne, y mucho menos, considerarla víctima de alguna situación. Si cerramos nuestros ojos, y somos capaces de ver tan solo una escena en esa cruz levantada en el monte Calvario, comprenderemos que esa es la consideración que Dios le tiene a nuestra vieja naturaleza de pecado.

Satanás le dijo a Adán, que si comía de la fruta prohibida sería igual que Dios. La vieja naturaleza aún tiene sus propios deseos de poder, no debemos subestimarla. En el fondo de nuestro corazón habita la rebelión, y no debemos ignorar eso. Algunos religiosos creen que son justos y que no hay impureza en ellos, pero ese es el mayor engaño. El “yo” tiene que morir cada día, porque si hoy le tenemos piedad, mañana puede ser el causante de nuestra ruina.

Cuando el Señor mandó al rey Saúl, a destruir Amalec, le dijo: ***“Ve, pues, y hiere a Amalec, y destruye todo lo que tiene, y no te apiades de él; mata a hombres, mujeres, niños, y aun los de pecho, vacas, ovejas, camellos y asnos”*** (1 Samuel 15:3). Al pedirle que destruyera a los amalecitas,



Dios en Su sabiduría, puso a Saúl en un aprieto a fin de probarlo. Esos amalecitas, para nosotros, pueden ser una clara figura de la carne, el enemigo principal de nuestras vidas.

Entonces Saúl mató a filo de espada a todo el pueblo amalecita, pero perdonó al rey Agag, y a lo mejor de las ovejas y del ganado mayor, de los animales engordados, de los carneros y de todo lo bueno (**1 Samuel 15:7 al 9**). Esta decisión le costó el reino a Saúl, porque fue desobediente. Dios le dijo a Samuel que se arrepentía de haber puesto por rey a Saúl, porque éste no había cumplido Sus palabras (**1 Samuel 15:10 y 11**).

Esto no concluyó con Samuel hablando con Saúl, sino que después de anunciarle que su reino le sería quitado, Samuel pidió que le trajeran al rey Agag, quién vino a al profeta alegremente, diciendo: *“Ciertamente ya pasó la amargura de la muerte...”* (**1 Samuel 15:32**). Sin embargo Samuel mató al rey y lo cortó en pedazos delante del Señor en Gilgal (**1 Samuel 15:33**).

La crónica acerca de esta desobediencia de Saúl, debe ser una advertencia para nosotros, de no dejar viva nuestra carnalidad, con la idea de operar a través de ella. Debemos temer a Dios y tener presente que el Hijo de Dios crucificó la carne, y que vino a nosotros para regenerar nuestro espíritu y solo la nueva vida puede agradar al Padre.

El Señor habita nuestro espíritu, y actúa en nosotros, edificando Su Cuerpo. Nos conduce conforme a la voluntad del Padre por Su Espíritu, para que podamos manifestar Su Reino. No debemos procurar nuestra propia monarquía a la vez que decimos vivir en el reino de Dios. Debemos aprender la lección de Saúl, a la carne hay que matarla, porque si le tenemos misericordia, se nos puede volver en contra.

Debemos aprender la lección de la cruz y crucificar nuestra carne con sus pasiones y deseos (**Gálatas 5:24**). Además, debemos ejercitar fielmente nuestro espíritu para seguir al Señor, quien es el Espíritu vivificante y consumado que mora en nuestro espíritu, y que es uno con nosotros. De esta manera se edificará el reino de Dios, el cual es la iglesia como Cuerpo intrínseco de Cristo. ¡Ruego a Dios que podamos comprender todo esto!

***“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria”.***

Colosenses 3:1 al 4



# Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

## Pastor y maestro

*Oswaldo Rebolleda*



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

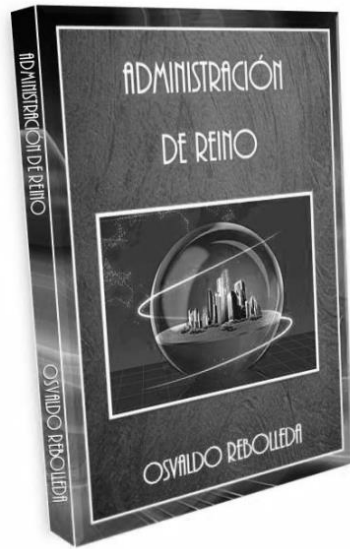
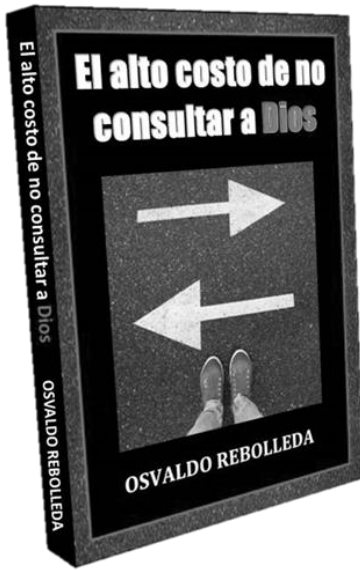
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)

Y ministra de manera itinerante en Argentina

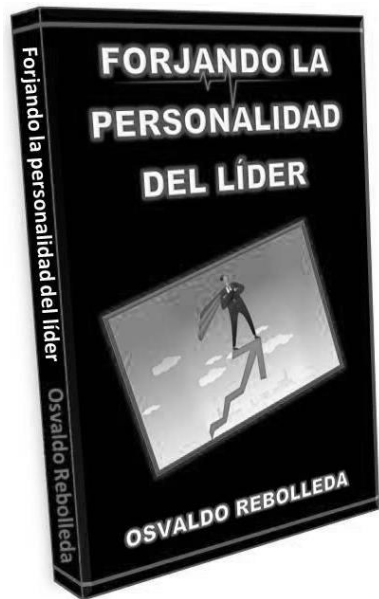
Y hasta lo último de la tierra.

[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)

[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



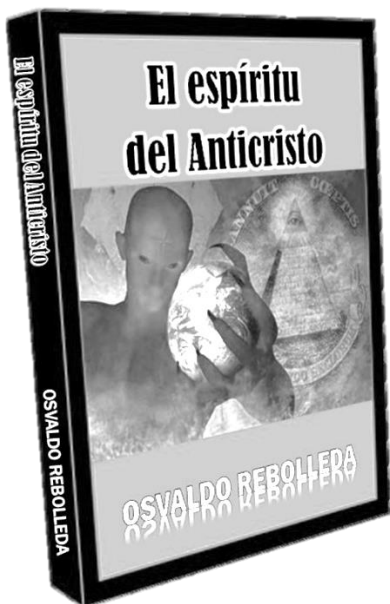
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



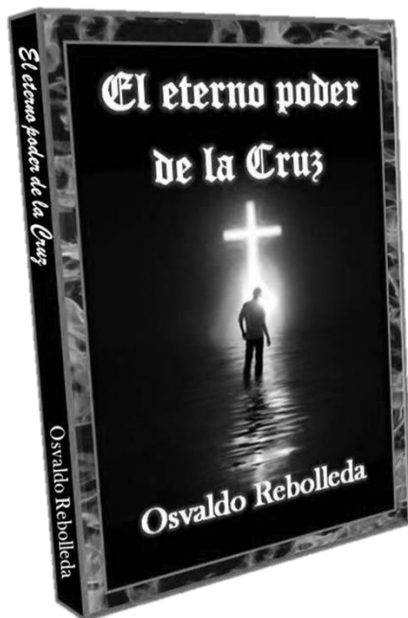
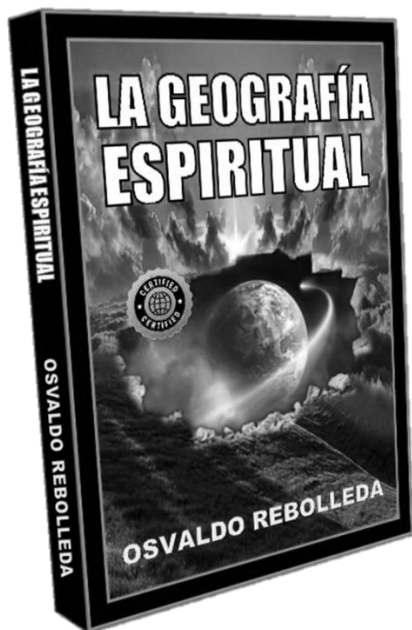


[www.osvaldorebolledo.com](http://www.osvaldorebolledo.com)

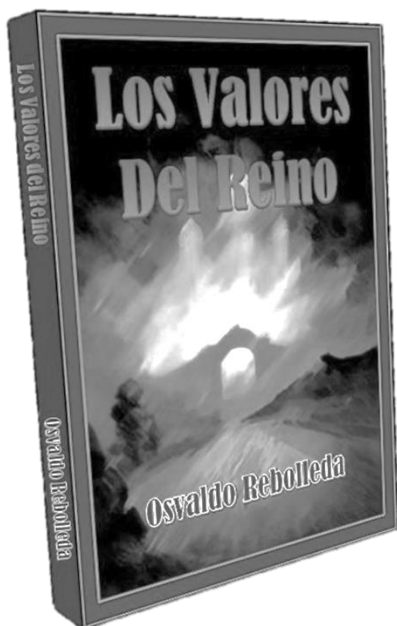




[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)







[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)

